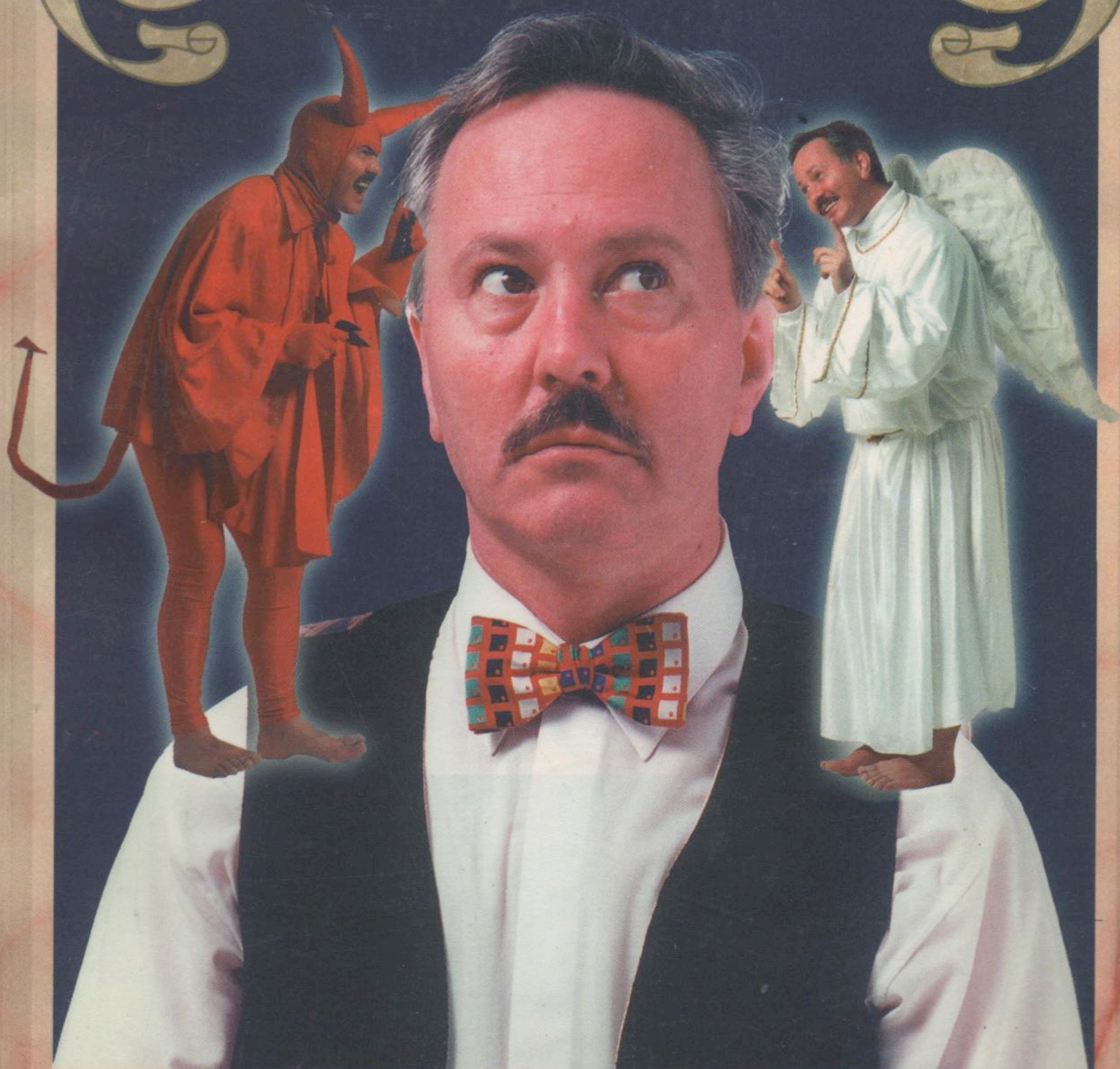


HUGO PAREDERO

SOLOS & MAL ACOMPAÑADOS

Manual de Antiayuda



EDICIONES DE LA URRACA

HUGO PAREDERO

SOLOS & MAL ACOMPANADOS

Manual de antiayuda

Diseño de tapa: Andrés Cascioli
Fotos: Gonzalo Martínez
Composición en sistema Láser: Buena Letra S.A.

1ª Edición: Agosto de 1994
© 1994, Ediciones de la Urraca S.A.
Venezuela 842, (1095). Capital Federal
Hecho el depósito que indica la Ley 11.723
I.S.B.N. 950-9265-47-0



EDICIONES DE LA URRACA

HUGO PAREDERO

SOLOS & MAL
ACOMPANADOS

Manual de anti...

Editorial de la U...

PROLOGO

¿Espías? ¿Chismosos? ¿Meteretes? ¿Indiscretos? ¿Curiosos? ¿Cómo podemos llamar a los locos observadores de los locos observadores que atestiguan locuras en estas locas ciudades de este loco mundo? No importa el nombre. Lo que importa es el acierto, la credulidad de lo increíble, la cotidianeidad de lo extraordinario, la exposición del pequeño gran acto de los pequeños-grandes seres humanos, fieras domesticadas (a veces) habitantes de las junglas de asfalto. Y si esas junglas son de asfalto trucho que hace años se abre en baches con nombre de intendentes chantas en esta misteriosamente obvia Buenos Aires, la diversión puede ser mucho mayor.

Lo que hay que agradecerle a Paredero en este libro es haber tenido la suficiente cordura para hacer parecer coherente a la banda de desesperados, chantas, incestuosos, represores, reprimidos, ricos-pobres y pobres-ricos que surgen de cada capítulo como un borbotón de locura porteña argentina en estado puro. Se sabe que el género humano es un inagotable material y que de su descripción y reflejo viven todos los escritores del mundo desde tiempo remotísimos. Pero que este "siglo XX es un despliegue de maldad insolente ya no hay quién lo niegue" y, si Discepolín viviera, estoy seguro de que se ocurrirían varios tangos para el recuerdo al leer de un solo saque, como yo lo leí, este pequeño tratado de la condición humana que tiene el primer mérito de la falta de pretensión y el gran acierto de ser entretenido y de fácil lectura (cosa nada despreciable en esta época de neuronas averiadas y no acos-

tumbradas al oxígeno del libro).

Por lo tanto, acomódese en su butaca, relájese y prepárese a encontrar a su vecino, su pariente, su amigo, su enemigo y a su usted mismo en algunos de estos locos sueltos que forman la abigarrada fauna de ésta y de todas las ciudades del mundo. Debo confesar que, al leer el libro, un leve hilo de baba verde se envidia surcó la comisura de mis labios, envidia por mi querido Hugo Paredero que, al no tener una jeta tan junada como la mía puede espiar sin ser reconocido a tanto personaje. Yo, que hasta hace doce años atrás lo podía hacer, ahora tengo que limitarme a firmarles un autógrafo cuando me descubren y dejan de pelearse, amarse, besarse o morderse para pasar de observados a observadores. Lo único que espero es que ninguno de ellos haga un libro tan certero como éste refiriéndose a mí.

Enrique Pinti

INTRODUCCION

Estamos tan acostumbrados a obedecerle a esa parte del diccionario que define a la soledad como una carencia de compañía, que nos privamos de acceder a la otra parte de la definición, la más profunda. Aquella que ve y deja ver en la soledad la única compañía verdadera con la que los humanos podemos contar desde que nacemos hasta que morimos. En realidad (con perdón de la palabra), conviene que partamos de dos bases: la de que todos somos solos (aunque tengamos a mil al lado) y la de que jamás lo estamos. Lo primero es obra de la Naturaleza y se produce cuando nacemos, al cortarse el cordón umbilical que nos deja en condición de *solos*, del latín *solus*, del griego *hólos*, que quiere decir cosa entera, conjunto, todo. Lo segundo, lo de no poder estar nunca solos aunque habitemos el más desnudo de los desiertos, es obra de nuestro corazón y de nuestra mente, que se pasan la vida haciendo y deshaciendo nudos y moños con las hilachas del cordón umbilical arrancado. Por eso, si comprendemos aquello de *No es bueno que el hombre esté solo* como una invitación a amar a los demás, para poder ser, digamos también que *No es malo que el hombre esté solo* y comprendámoslo como una invitación a amarnos a nosotros mismos, para poder estar.

Me gusta pensar que todos los que hoy por hoy circulamos en el planeta con el nombre artístico de Hombres, los unos y los otros, y Mujeres, las unas y las otras, somos verdaderos despren-

dimientos de aquellos cielos y de aquellas tierras del principio. Es ley general de la Naturaleza que el Cielo y la Tierra se atraigan recíprocamente y se engendren así todos los seres. Las leyes antinaturales entran a cumplirse después, cuando esos seres nos ponemos a funcionar unos sobre o debajo de otros, nunca al lado. Nos pasamos la vida huyendo o persiguiendo, al pasado o al futuro, al bien o al mal, por "h" o por "b", y lo único que conseguimos es ausentarnos de nuestro propio presente, que más de una vez nos necesita. Le tememos demasiado al amor y amamos demasiado al miedo; gracias a semejante prisión vivimos siendo lo que los demás quieren que seamos o lo que quieren nuestras fantasías, nunca lo que somos. Y así no hay disfraz que alcance.

Los humanos no somos personas, somos personajes. Personas son las de las novelas, las obras de teatro y las películas, cuyas vidas comienzan, se desarrollan y terminan en tantos minutos o en tantas páginas. Eso es seriedad. Uno quiere averiguar algo sobre cualquiera de esos seres y ahí estarán ellos, ofreciéndose en generosa síntesis con todos sus secretos. Dichosas las vidas del arte que se construyen de una vez y para siempre, al revés de las nuestras. Un gran respeto para todas esas personas tanto más íntegras y duraderas que nosotros, estos personajes desintegrados y pasajeros que, aunque sabemos que un día moriremos, vivimos como si fuéramos inmortales. Un recuerdo para George Bernard Shaw, el que alertó: "¡Señores: esto no es un ensayo general... esto es la vida!". Hasta que lo olvidemos de nuevo. Muy entretenida, muy sabrosa la ilusión de creer que hay otras vidas, y que cuando volvamos la pasaremos mucho mejor que en ésta, pero si la reencarnación no llega a ser un camino de vuelta vamos muertos.

Este manual está protagonizado por hombres y mujeres de dos clases: los que viven infelices creyendo lo contrario, y los que viven infelices creyendo que no hay otra. Gente que sufre, luego existe. Y que hace sufrir, luego persiste. Seres que no saben estar solos sin estar desolados, y seres que no saben estar con otro sin estar mal acompañados. Aquí aparecerán, para antiayudarnos, el que maldice por vivir solo como un perro, el que se jacta de vivir solo como un duque, el que se desespera porque vive solo como un náufrago, el retrasado que vive solo co-

mo un boludo... el mal acompañado que está con alguien por costumbre, el mal acompañado que está con alguien por obligación, el mal acompañado que está con alguien porque tiene miedo de dejarlo o de que lo dejen, el mal acompañado que está con alguien porque no consiguió algo mejor, el mal acompañado que está con alguien porque piensa que va a poder cambiar lo que no le gusta de él...

Todos los hechos y personajes son verdaderos. Cualquier semejanza con los de ficción es pura coincidencia, a veces impura.

El libro se divide en cuatro partes que también pueden sumarse: la familia, el trabajo, el amor y la amistad. Más un epílogo con nombre y apellido: Sociedad Anónima.

No contiene recetas ni afirmaciones ni negaciones que pudieran confundirlo con un manual de autoayuda. Tampoco con uno de autodestrucción. Aquí sólo hay seres en carne viva, accionando en una u otra dirección en busca de la dicha autoprometida. Seres con el alma en pedazos, la mente sobrealimentada y el corazón hambriento, como todos. De cualquier forma, el autor no se responsabilizará por el destino de aquellos lectores que decidan tomarlos como modelos.

Verlos para verse, verse para ver. La autoayuda ha muerto, ¡viva la antiayuda!

PRIMERA PARTE

LO PRIMERO ES LA FAMILIA

Hace un año y medio que he empezado a escribir este libro. He escrito en la mayoría de los días, pero también he estado en su momento, sólo que transformado en un ser de fibra de vidrio. No reconozco ni al director ni a los técnicos, pero parecían todos muy profesionales, muy ocupados de que las cosas salieran bien. A los demás sí me acordaba: mi madre, mi padre, el médico que me atendía, y yo cubría dos personajes: el de un bebido molado y violeta que en vez de hablar cuando nacía, hablaba, y el de un tipo, el que soy hoy, que observaba el desarrollo de la escena sin ser visto. El bebido hablaba de corrido en un idioma incomprensible, y sus maneras, debo reconocerlo, eran un tanto pedantes para su edad. Igual el tipo que observaba le vinieron ganas de tocarlo. Fue hasta el día que nadie reparó en su presencia, y lo miró a los ojos. El bebido se reparó en esa presencia que, a juzgar por su gesto, le molestaba bastante. El tipo juntó coraje y le acarició la cabeza. Para qué, el bebido dejó de hablar de golpe, malhumorado, y se puso a llorar a los gritos. Recién ahí el tipo fue descubierto por los demás, que se le fueron al tanto. El tipo salió corriendo, perseguido por todos: mi padre, mi madre, la gente del equipo de filmación. Yo me acordaba sólo de un momento, el que me había alcanzado a robar y con quien había. Me desperté aterrorizado y faltó de aire, y me di cuenta

PRIMERA PARTE
LO PRIMERO
ES LA FAMILIA

Luz... cámara... partos

Hace unos meses, a la noche siguiente de empezar a escribir este libro, soñé que asistía a mi propio nacimiento. Transcurría en la misma habitación de la casa de mi abuela donde ocurrió en su momento, sólo que transformada en un set de filmación. No reconocí ni al director ni a los técnicos, pero parecían todos muy profesionales, muy ocupados de que las cosas salieran bien. A los demás sí: mi madre hacía de mi madre, mi padre del médico que la atendía, y yo cubría dos personajes: el de un bebito mojado y violeta que en vez de llorar cuando nacía, hablaba, y el de un tipo, el que soy hoy, que observaba el desarrollo de la escena sin ser visto. El bebito hablaba de corrido en un idioma incomprensible, y sus maneras, debo reconocerlo, eran un tanto pedantes para su edad. Igual al tipo que observaba le vinieron ganas de tocarlo. Fue hasta él, sin que nadie reparara en su presencia, y lo miró a los ojos. El bebito sí reparó en esa presencia que, a juzgar por su gesto, le molestaba bastante. El tipo juntó coraje y le acarició la cabeza. ¡Para qué!, el bebito dejó de hablar de golpe, malhumorado, y se puso a llorar a los gritos. Recién ahí el tipo fue descubierto por los demás, que se le fueron al humo. El tipo salió corriendo, perseguido por todos: mi padre, mi madre, la gente del equipo de filmación... Todos menos el bebé, a quien el tipo había alcanzado a robar y con quien huía. Me desperté aterrado y falto de aire, y sin el be-

bito. Mejor dicho, convertido en un ex bebito que, en vez de hablar, lloraba.

Parto se escribe con "p" de primavera, que se escribe con "p" de principio, de paraíso y de potencia. La impotencia y el infierno empiezan cuando entramos a sospechar que, desde un principio, todos estamos en primavera condicional.

Sólo se nace dos veces

María Esther L., 48, decoradora, asegura haber encontrado el sentido de su vida hace dos años, buscando y revolviendo vidas anteriores en un grupo terapéutico. El día que logró revivir su propio nacimiento y asistir a él como partera, María Esther obtuvo su alta... y algo más. Conversé un largo rato con ella, menos impresionado por el modo con que se procuró su paz interior que por el detalle de ver cómo la hacía llorar esa paz, copiosa, dramáticamente, durante todo su relato:

—Fue descomunal. Yo sabía que mi parto de esta vida había sido muy difícil, porque cuando fui adolescente me enteré que el médico que la atendió a mi madre, que estaba solo en la guardia, sufrió un infarto justo cuando yo empezaba a sacar mi cabecita. Mi padre en el club, jugando a las cartas como todas las tardes a esa hora y yo en un embotellamiento de lo peor, bueno, no sé, parece que estuve como una hora atravesada allí, con mi madre desmayada en la camilla. Una cosa espantosa. Yo pedía siempre que me contaran la historia de mi nacimiento y nunca podía terminar de escucharla porque sentía que me ahogaba. Hasta que un día, trabajando ya en la corte de Luis XIV, me entero...

—¿Perdón?

—Sí, el rey, estuve un tiempo con él, en una de mis vidas anteriores fui planchadora en su corte...

—¡...!

—Sí, sí, y era bellísima, planchadora pero bellísima, llegué a tener a Charles Perrault como amante, el de los cuentos, él después terminó escribiendo *La Cenicienta* inspirado en mí y yo todo eso lo supe recién hace dos años, ¿te das cuenta lo loca que es la vida?, uh, pero ésa es una historia para otro día, igual que la de cuando fui reina egipcia por tres siglos consecutivos, una

experiencia alucinante... Pero lo que te quería destacar es que ya en el 1600 yo sé que mi parto de esta vida iba a ser complicado...

—¿Y cómo lo supiste?

—Por Claudio, un compañero de terapia.

—Que lo sabría porque se lo habías dicho tú...

—No. El lo sabía porque también trabajaba en la corte de Luis XIV, como vidente.

—¿Y entonces?

—Y entonces, gracias a su ayuda y a la del terapeuta que nos coordinó, renací. Nunca en mi vida había llorado con tanta felicidad, qué emoción más grande, sacar esa cabecita que estaba atascada, mi propia cabecita, ahí tomé conciencia de que no había vivido mis 46 años de vida, los había semivivido me dijo el analista, por eso nunca había podido amar del todo ni a mi marido ni a mis hijos ni a mí ni a nadie. Te puedo asegurar que no hay peor soledad que ésa, vos que me preguntás sobre mi soledad...

—¿Peor que la de ahora?

—Esto no es soledad comparado con aquélla, además para mí no significa soledad el hecho de vivir sola, todo lo contrario... Yo vivo sola desde hace dos años y sin embargo me siento mucho más acompañada que antes, se me fue el estreñimiento, yo no sabía lo que era vivir sin estreñimiento, lo puedo llamar a mi marido todos los días para decirle que lo amo, y a mis dos hijos ya casados y a una de mis nueras, y ellos tuvieron que entenderlo porque yo les expliqué muy bien que no era nada contra ellos, que era algo mío, personal, yo había descubierto algo, había nacido de nuevo y ellos tenían que respetármelo...

—¿Y cómo fue ese segundo parto?

—Poderoso, mágico... no sé cómo llamarlo. De pronto sentí como un torrente adentro mío, como una voz liberadora que me gritó: ¡Ya, María Esther!, y yo le obedecí sin dudarle, y saqué fuerzas terribles de donde no tenía y fa, me pude hacer salir de un tirón, ya con el cordón umbilical arrancado directamente...

—¿Dolió?

—A mí nada. A Claudio le dolió.

—¿El vidente de la corte?

—Sí. Pobre, a él le tocó hacer de mí y casi lo decapité en el parto.

Evidentemente, la fuerza de un recién nacido es mucho menor que la de un recién renacido.

Clínica con trampa

Estela F., 28, maestra jardinera, tuvo a su primer hijo, Juan Pablo, minutos después de haber sorprendido a su marido besándose con la enfermera que la atendía. Sucedió hace siete meses en una clínica privada de San Isidro, y así me lo contó la propia Estela durante una caminata que hicimos por el Jardín Botánico, ante la mirada lejana pero presente de Juan Pablo:

—Yo me había quedado dormida y me desperté de golpe, con unos dolores tan terribles, unas contracciones, que no podía ni respirar ni hablar... Me extrañó no ver a Sergio, mi marido, en la habitación, y me vino como un miedo, una cosa de desolación muy espantosa... No encontraba el timbre para llamar a nadie, me levanté y llegué al baño como pude, abrí la puerta y vi que tampoco estaba ahí, quería gritar: “¡Sergio!” y no podía porque estaba cada vez más ahogada, pero lo que recuerdo perfectamente ahora, al contártelo, es que el miedo que yo sentía en ese momento era algo muy oscuro y que tenía que ver con mi marido, no con mi parto. El tema es que él había estado tan pegado a mí durante toda la época del embarazo, pendiente de todo, atento como nunca, y por supuesto mucho más asustado que yo, como les pasa a todos los hombres cuando están por ser padres primerizos... Me acuerdo que miré la hora, eran las dos menos cuarto de la madrugada. Salí al pasillo, había un silencio muy grande y estaba todo en penumbras, ahí tuve la certeza de que a Sergio le había pasado algo, y algo feo... Me equivoqué a medias, era feo para mí lo que le estaba pasando, no para él... Lo encontré en una escalera, entre el primer y el segundo piso, franeleando con Silvina, la enfermera jovencita y dulce que tan amorosa se había portado conmigo, la enfermera que tan bien nos había caído a toda la familia, ahí me desmayé... Cuando me desperté ya estaba en mi habitación con mi bebé al lado y Sergio enfrente, hablando con mis padres y los suyos de lo bien que había salido todo...

—¿Y ahora, pasados siete meses?

—Ahora, aquí me ves. Contándote mi historia como si fuera una película extranjera, con mi chiquito al lado, creciendo sano y cada día más hermoso, y mi marido en su trabajo...

—¿Cuando decís tu marido te referís a Sergio?

—Sí, a él...

—¿Lo perdonaste, entonces?

—No, jamás podría perdonarle semejante debilidad, como la llamó él, pero le hice creer que sí, que se la perdonaba, porque todavía quiero seguir con él un tiempo...

—Porque lo amás...

—Porque lo amé... Y porque quiero planear una venganza y todavía no sé cómo va a ser...

En fin, para que la caridad bien entendida termine por casa, quiero extender un manto de caridad bien entendida sobre mi propio nacimiento. Resulta que la partera me echó limón en los ojos cuando nací. Se lo escuché contar a mis padres años después, mencionando el gesto como un detalle más de un parto que había sido normal. Parece que en esa época, mediados del siglo XV aproximadamente, se usaba abrirle los ojitos al recién nacido y echarle dos o tres gotas de limón en cada uno para fortificarle la vista. He contado esta anécdota cientos de veces, y siempre la han recibido riéndose a carcajadas, como corresponde ante cualquier desgracia ajena. Al principio la contaba con inocencia, el limón en los ojos era para mí un trámite tan común como el de cortar el cordón umbilical; luego empecé a compartirla con el interés, a veces manifiesto a veces secreto, de encontrar tan solo un alma que hubiera pasado por lo mismo. Jamás apareció ninguna. Así que ahora la cuento solamente cuando quiero ser exótico y no se me ocurre cómo. Hay seres que nacen iluminados, yo nací alimonado. La ciencia me lo dijo: “Verás lo que debas ver o si no no verás nada”. ¿Habría sido por aquel limón ocular que me quedó una mirada ácida aun sobre las cosas más dulces?

Dos esfínteres, dos destinos

Por más que esfínter es una palabra que viene del griego *sphinkter*, derivado de *sphingo*, que quiere decir cerrar, hay mo-

mentos de la vida cotidiana en los que se hace necesario abrir el esfínter, dilatar sus músculos para que pueda llevar a cabo sus funciones. Una de ellas –que llamaremos principal porque nadie queda exento de cumplirla– es la de permitir la salida de los excrementos. Adiós, que les vaya bien, no vuelvan, muchas gracias por todo. Otras –que no llamaremos funciones secundarias para no herir susceptibilidades– no se vinculan con salidas sino con ingresos; agentes externos, por lo común de tipo animal, vegetal y/o mineral, que algunas veces preguntan y otras entran sin llamar.

¿Con qué nos encontraríamos si hiciéramos un viaje en busca de la Caquita Perdida? ¿Estará muy seca de vientre nuestra memoria como para recordar aquel día en el que por primera vez juntamos el placer de retener unos instantes nuestra caca con el placer de eliminarla y, seguramente, mostrarla después a nuestros padres llenos de alegría y de importancia? Quien nunca ha visto a un niño en esa situación, se está perdiendo una de las escenas más bellas y luminosas del espectáculo de vivir. Al respecto quiero evocar dos historias que me conmovieron profundamente cuando me las contaron sus protagonistas, un hombre y una mujer. Conversé con ellos por separado (además no se conocen entre sí) y pude notar que los dos coincidían en la manera de definir su padecimiento –“Siento que la soledad me ahoga”– y en las raíces de sus dramas: ambos se iniciaron como sufrientes a los tres años, con una caca de por medio. Una caca, en el caso de él, que no salía por estar el esfínter demasiado apretado, y una caca que no paraba de salir por estar el esfínter demasiado flojo en el caso de ella. Los padres de cada uno –cada par de padres con sus razones y cada uno de los cuatro con su par de razones– coincidieron en que era necesario reprimir y castigar para curar. Y hoy ambos están como están.

Alberto L. tiene 43 años y lleva media vida trabajando como profesor de matemáticas en varios colegios secundarios. Está casado hace 19 años con una mujer “demasiado buena, pero nada más que eso”, con la que se aburre y a la que nunca amó. Con ella tuvieron un perro ciego, “el mimado de la casa”, y un hijo, hoy de 17, a quien Alberto nunca supo si amaba y hoy no sabe cómo amar. Por encima de todo eso, o por debajo, Alberto lleva más de 30 años de su vida escondiendo el deseo (cada vez

más) feroz de ser violado por un hombre. Aunque lo de escondiendo tiene sus asteriscos ya que cualquiera, al verlo gesticular dos o tres segundos, puede advertir cuál es el deseo feroz que esconde Alberto, y hasta precisar detalles. Pero él cree que no se le ve, o que se le ve solamente cuando lo confiesa. Hizo tratamientos con cuatro psicoanalistas, buscando en todos que le quitaran semejante fantasía, y acabó huyendo de tres de ellos por la misma razón: los profesionales terminaron pidiéndole casi de rodillas que probara aunque fuera sólo una vez, y aunque más no fuera con su dedo meñique. “Pero yo ni loco, ni que me maten” –susurra Alberto–. Y se acuerda con rigor de aquel día fatal, cuando tenía tres años, en que recibió de sus padres la orden terminante de hacer caca. El no tenía ganas, pero el caso era que si no hacía caca no jugaba con un trencito nuevo. Sus padres lo clavaron en la escupidera y se quedaron al lado controlándolo, y Alberto nada. “Yo estaba tan embelesado por el juguete –evoca–, que me bastaba con mirarlo. Me podía pasar así toda la noche, contento mirando a mi tren y hablándole desde la escupidera. Esto enfureció a mis padres, bueno, ellos se han enfurecido siempre que me han visto contento, y entraron a zamarrearne y a tirarme el pelo, a apretarme fuerte, exigiéndome hacer caca cada vez con más violencia, y yo gritándoles que no tenía ganas y haciendo cada vez más fuerza para no llorar. Después con el tiempo descubrí que fue ahí, en esa tensión, que forcé mi esfínter y lo contraje, se podría decir que para siempre. Ellos se pusieron peor. Me encerraron en el baño a oscuras, con la escupidera por supuesto, y me juraron que no saldría de allí hasta que no hiciera mi caca. A mí en un momento me vinieron ganas pero me aguanté y se me pasaron. Pasó un rato, no sé cuánto, y mis padres vinieron. Yo me hice el dormido. Aunque una vez me dijo un analista que eso es imposible, en esa edad, yo recuerdo perfectamente que me hice el dormido, y me llevaron a la cama, que estaba al lado de la de ellos. Apagaron la luz. Al ratito se pusieron a hacer unos ruidos, raros para mí, gemidos que me daban una mezcla de miedo y de placer, me hacían ver en la oscuridad a mis padres jugando a algo que yo no entendía. Aunque no había tanta oscuridad, algo se veía por la luz de la luna... Bueno, en ese momento me cagué. De golpe, con unos ruidos tremendos, fue algo increíblemente superior a mí...

Para qué, ellos encendieron la luz, asustados, me acuerdo, y cuando comprobaron lo que había hecho... uf, me dieron una paliza tan pero tan grande que, sí, todavía me dura... Desde esa noche yo me acoracé, me acoracé para siempre, y mis padres agarraron la costumbre de castigarme por cualquier cosa, y cuánto más aguantaba yo los castigos más me castigaban, y yo me los aguantaba terriblemente, una vez me pegaba mi papá, otra vez mi mamá, y siempre en el culo... chirlos, o patadas, o cintazos, o zapatillazos, pero siempre en el culo. Después venían y me ponían cremas, o paños, porque se me habían llegado a hacer hematomas, y ahí era cuando yo más los odiaba y más trataba de demostrárselos... ”

Alberto, obviamente, sufre todo tipo de problemas intestinales y un estreñimiento constante por el que ha llegado a permanecer 23 días seguidos sin expulsar sus heces, tomando diversas pastillas y jarabes y comiendo enormidades sin resultado alguno. Más triste que eso es lo que hizo con su hijo, a quien Alberto castigó “por cualquier motivo, una cosa terrible, muy enferma de mi parte” durante doce años; la misma cantidad de tiempo que su padre a él, y en el culo también. Pero hay un detalle diferente, y vaya si lo es: el hijo de Alberto ha sido desvirgado por un hombre, un amigo del colegio. Alberto y su esposa los sorprendieron en el mismísimo living en pleno acto sexual, hace unos seis meses, la clásica escena de los que salen y al regresar antes de lo previsto por un cambio de planes se encuentran “con algo que jamás hubiésemos imaginado”. Alberto y su mujer convinieron en que lo mejor sería una penitencia de encierro por tiempo indeterminado y, por supuesto, la prohibición de no verse nunca más “con el otro degenerado”. Al segundo día de penitencia el hijo de Alberto amenazó con cortarse las venas, y a los pocos minutos lo hizo. Los médicos pudieron salvarlo. Actualmente el chico asiste a dos sesiones semanales de psicoanálisis que al parecer le están haciendo bien: ha recuperado energías, se muestra alegre y comunicativo, estudia, canta, hasta hace algunas bromas. Pero Alberto, lejos de serenarse frente a esos síntomas de recuperación, se angustia y se aísla. Sospecha que gran parte de la mejoría, si no toda, se debe a que su hijo ha vuelto a verse con el amigo. Lo impresionante del caso es que cada vez que se le mete en la cabeza aquella imagen

de los chicos “desnudos, pervirtiéndose” y es capaz de mantenerla unos segundos, Alberto siente unos deseos irrefrenables de cagar y debe correr hacia el baño más próximo para no hacerse encima. Esta mejoría intestinal (que su mujer y su hijo ignoran) le ha traído más pánico a sus días, en lugar de aliviarlos: le ha aumentado su agresividad, le ha quitado deseos de trabajar (lo que nunca) y lo ha puesto más paranoico. Alberto reconoce todo eso. Pero no quiere hacerse preguntas nuevas, tampoco escuchar que se las hagan. Se ha resignado a creer que la suya es una maldición de la que sólo se salvará cuando muera. “Por mí, podía ser mañana” –concluye, melancólico—. En eso anda su vida.

Márgara C., 52, soltera, comerciante, es la protagonista de la otra historia. Una historia auspiciada por lo ridículo y lo trágico, célebre pareja humana si las hay. También al rostro de Márgara lo auspician dos gestos conviviendo en simultáneo: una mueca de amargura cansada, que le ha bajado las comisuras de los labios casi hasta el mentón, y unas chispas de humor que se asoman (algunas saltan) desde la parte de atrás de su mirada. Si hubiera que ponerle un título al drama de su vida ambos gestos deberían estar en él. Además, tendría que ser un título que diga la verdad desde un lugar lo más común posible, porque eso es bueno para cualquier título y porque la historia de Márgara puede ser la de cualquiera. Yo la titularía *La mujer que se cagaba de risa*. Así, en pasado, porque ya no lo hace más. Márgara se cagó de risa (léase literal, no literariamente) los primeros 30 años de su vida. Y siempre contra su voluntad (lo de cagarse, no lo de reírse). La vieron toda clase de médicos y curanderos, le hicieron mil estudios, la intoxicaron con remedios, no hubo caso. Cuando sonreía no, pero cuando se reía o la hacían reír, su esfínter se relajaba de tal manera que Márgara se cagaba. Así de simple y de complejo. Hasta que un episodio sentimental, ocurrido hace unos diez años, terminó con lo que ella llama “la enfermedad de la humillación”. Por ese episodio Márgara sacrificó su alegría de vivir, que la tenía y le latía tanto o más que su corazón, y se incluyó en la sociedad sin tener que huir de nadie. “Ahora cago cuando lo decido y punto –confiesa, entre pedante y lejana—, ésa fue mi curación. La pagué caro, yo sé que la pagué

muy caro, porque tuve que dejar de reírme como me reía, tuve que dejar de ser yo, pero bueno, me río por dentro, qué le voy a hacer, o no me río, ¿de qué se puede reír uno en esta época?, yo ya estoy resignada. Siempre digo que a la soledad que me tocó a mí le dieron cadena perpetua.” Lamentablemente, no pude ser yo quien le quitara a Mágina una idea tan adversa como esa que se le ha metido en la cabeza, en el corazón y, sin lugar a dudas, en el culo. “Cualquier cosa menos que me tengan lástima, ¡ah eso sí que no!” –afirma, tocando un pianito rápido sobre la mesa con su mano derecha. La noche en que comenzó todo, Mágina era una niña de tres años, como Alberto L., pero a diferencia de lo que sucedió con él, a ella sus padres le dieron la orden terminante de no hacer caca. “Yo tenía ganas, y como ya me habían enseñado a pedir, pedí, pero mis padres me dijeron que no, que no podía tener ganas porque ya había hecho, que lo que tenía eran ganas de hinchar o algo por el estilo, que hasta el otro día no había caca que valga, así que a dormir. Yo empecé a gritar, y ellos más fuerte, y a tratarme como si lo mío fuera un capricho cuando los encaprichados eran ellos... Y me hice encima. Dios mío, una sola vez me pegaron mis padres en mi vida, y fue esa noche, tremendo, con una crueldad que no me quiero ni acordar... Yo después les agarré miedo, temblaba cuando se me acercaban, y pasó que estuve como dos o tres días sin poder hacer caca, intentaba hacer pero no había caso... Una tarde me puse a llorar haciendo fuerza y mi padre y mi madre empezaron a hacerme muecas y cosas para que se me pasara, estarían asustados ellos también, o arrepentidos, vaya a saber... Y a mí me dio un ataque de risa al verlos, nunca se habían hecho los payasos así conmigo, me empecé a reír, a reír y a reír... y me hice caca encima, una cosa sin control, y cuanto más me reía más me cagaba, y como mis padres se pusieron tan contentos de ver que había vuelto a mover el vientre, yo seguía... Desde esa vez reír para mí se convirtió en sinónimo de cagar, una cosa matemática... Yo podía ir de cuerpo a cualquier hora y hacer lo más bien, sin reírme, no era que tenía que reírme para poder hacer, pero me daba risa algo, estuviera donde estuviera y con quien estuviera, y me cagaba... Para colmo era tan divertida, una gordita tan feliz, todo me daba risa... yo también les daba risa a los demás, ése era el problema... “Mágina se mudó ocho veces de ba-

ño, perdió montones de amigos, ganó montones de verdugos, fue echada de varios trabajos, reclamada en otros como hazme-reír. Reír, cagarse y sufrir; reír, cagarse y sufrir; en ese círculo se anfixaron sus días durante casi cuarenta años. Concurrió mucho tiempo al consultorio de un psicoanalista que estuvo a punto de darle el alta pero, desgraciadamente, el profesional acabó echándola, ofendido porque Mágina se cagó de risa en sesión recordando una anécdota (hasta ese momento él conocía el conflicto sólo de palabra) y le estropeó un sillón. “Tendría que haber seguido llorando en las sesiones –reflexiona Mágina– como había venido haciéndolo hasta ese día.” Le pregunto por el amor y se pone de pie, apaga nerviosa su cigarrillo, mira la hora, se acomoda el pelo y dice, con tono de frase final: “Yo soy una especialista en enamorarme en vano, a eso también me resigné”. Necesita dar por terminado nuestro encuentro. Pero no puede dejar de recalcar que, aunque haya tenido final triste, fue una historia de amor la que la curó de lo suyo. “Era la primera vez en mi vida que me enamoraba de un hombre que también se había enamorado de mí. Como él no conocía mi problema ni yo quería que lo conociera, me tuve que fabricar una personalidad más bien melancólica, apagadita, para estar protegida y no correr riesgos de reírme delante de él... Pero la noche en que nos encontramos para... acostarnos, por primera vez entre nosotros, y por primera vez en mi vida yo, apenas entramos a la habitación del hotel... yo me cagué. Descontroladamente, peor que nunca. Con la diferencia de que esa noche no me cagué de risa, esa noche, lo entendí mucho tiempo después, me cagué de miedo.” Mágina huyó avergonzada del hotel, pero lo peor es que el tipo también huyó de ella. Y no volvieron a verse nunca más. Ni ella volvió a cagarse de risa, menos que menos de miedo. “Ahora estoy tranquila” –dice Mágina, frunciendo el ceño, los labios, las mandíbulas y quién sabe cuántas cosas más–. En eso anda su vida.

Se ruega esperar moralejas en otro libro. Lo que no sé si alguien espera, pero yo sí necesito dar, es un informe de la marcha de mi vida intestinal al momento de escribir estas líneas. No lo llamemos promiscuidad, sino avance de confianza. Y una obligación profesional de mi parte, pues siento que no tengo

muy caro, porque tuve que dejar de reírme como me reía, tuve que dejar de ser yo, pero bueno, me río por dentro, qué le voy a hacer, o no me río, ¿de qué se puede reír uno en esta época?, yo ya estoy resignada. Siempre digo que a la soledad que me tocó a mí le dieron cadena perpetua.” Lamentablemente, no pude ser yo quien le quitara a Mágina una idea tan adversa como esa que se le ha metido en la cabeza, en el corazón y, sin lugar a dudas, en el culo. “Cualquier cosa menos que me tengan lástima, ¡ah eso sí que no!” –afirma, tocando un pianito rápido sobre la mesa con su mano derecha. La noche en que comenzó todo, Mágina era una niña de tres años, como Alberto L., pero a diferencia de lo que sucedió con él, a ella sus padres le dieron la orden terminante de no hacer caca. “Yo tenía ganas, y como ya me habían enseñado a pedir, pedí, pero mis padres me dijeron que no, que no podía tener ganas porque ya había hecho, que lo que tenía eran ganas de hinchar o algo por el estilo, que hasta el otro día no había caca que valga, así que a dormir. Yo empecé a gritar, y ellos más fuerte, y a tratarme como si lo mío fuera un capricho cuando los encaprichados eran ellos... Y me hice encima. Dios mío, una sola vez me pegaron mis padres en mi vida, y fue esa noche, tremendo, con una crueldad que no me quiero ni acordar... Yo después les agarré miedo, temblaba cuando se me acercaban, y pasó que estuve como dos o tres días sin poder hacer caca, intentaba hacer pero no había caso... Una tarde me puse a llorar haciendo fuerza y mi padre y mi madre empezaron a hacerme muecas y cosas para que se me pasara, estarían asustados ellos también, o arrepentidos, vaya a saber... Y a mí me dio un ataque de risa al verlos, nunca se habían hecho los payasos así conmigo, me empecé a reír, a reír y a reír... y me hice caca encima, una cosa sin control, y cuanto más me reía más me cagaba, y como mis padres se pusieron tan contentos de ver que había vuelto a mover el vientre, yo seguía... Desde esa vez reír para mí se convirtió en sinónimo de cagar, una cosa matemática... Yo podía ir de cuerpo a cualquier hora y hacer lo más bien, sin reírme, no era que tenía que reírme para poder hacer, pero me daba risa algo, estuviera donde estuviera y con quien estuviera, y me cagaba... Para colmo era tan divertida, una gordita tan feliz, todo me daba risa... yo también les daba risa a los demás, ése era el problema... “Mágina se mudó ocho veces de ba-

rrío, perdió montones de amigos, ganó montones de verdugos, fue echada de varios trabajos, reclamada en otros como hazme-reír. Reír, cagarse y sufrir; reír, cagarse y sufrir; en ese círculo se asfixiaron sus días durante casi cuarenta años. Concurrió mucho tiempo al consultorio de un psicoanalista que estuvo a punto de darle el alta pero, desgraciadamente, el profesional acabó echándola, ofendido porque Mágina se cagó de risa en sesión recordando una anécdota (hasta ese momento él conocía el conflicto sólo de palabra) y le estropeó un sillón. “Tendría que haber seguido llorando en las sesiones –reflexiona Mágina– como había venido haciéndolo hasta ese día.” Le pregunto por el amor y se pone de pie, apaga nerviosa su cigarrillo, mira la hora, se acomoda el pelo y dice, con tono de frase final: “Yo soy una especialista en enamorarme en vano, a eso también me resigné”. Necesita dar por terminado nuestro encuentro. Pero no puede dejar de recalcar que, aunque haya tenido final triste, fue una historia de amor la que la curó de lo suyo. “Era la primera vez en mi vida que me enamoraba de un hombre que también se había enamorado de mí. Como él no conocía mi problema ni yo quería que lo conociera, me tuve que fabricar una personalidad más bien melancólica, apagadita, para estar protegida y no correr riesgos de reírme delante de él... Pero la noche en que nos encontramos para... acostarnos, por primera vez entre nosotros, y por primera vez en mi vida yo, apenas entramos a la habitación del hotel... yo me cagué. Descontroladamente, peor que nunca. Con la diferencia de que esa noche no me cagué de risa, esa noche, lo entendí mucho tiempo después, me cagué de miedo.” Mágina huyó avergonzada del hotel, pero lo peor es que el tipo también huyó de ella. Y no volvieron a verse nunca más. Ni ella volvió a cagarse de risa, menos que menos de miedo. “Ahora estoy tranquila” –dice Mágina, frunciendo el ceño, los labios, las mandíbulas y quién sabe cuántas cosas más-. En eso anda su vida.

Se ruega esperar moralejas en otro libro. Lo que no sé si alguien espera, pero yo sí necesito dar, es un informe de la marcha de mi vida intestinal al momento de escribir estas líneas. No lo llamemos promiscuidad, sino avance de confianza. Y una obligación profesional de mi parte, pues siento que no tengo

derecho a meterme en el esfínter de los demás sin mostrar el estado del mío. Hay que tener en cuenta que escribo este libro ingiriendo como única bebida, y a razón de 24 horas diarias, batidos de ataques de fe con ataques de pánico. Es una mezcla que invita a ir al baño muy seguido, pero no es eso lo que la hace explosiva para mí sino las proporciones de los dos ataques: ambas mutan todo el tiempo. Y nunca puedo saber cuánta diarrea y cuánto estreñimiento le debo a mi fe, y cuánto a mi pánico. Mi fe y mi pánico sí lo saben, pero me lo ocultan. Más precisiones no podría dar, salvo comentar que algunos días se me hacen de setenta y cuatro metros y otros no miden nada. Quedaría bonito que te hablase de los miedos gástricos nacidos de la neurótica soledad de la creación, pero hay hechos más concretos. Por ejemplo, que en los últimos dos días he venido comiendo salpicón de atún marca Marbella y hoy leí en el diario que el Ministerio de Salud de la provincia de Buenos Aires prohibió la comercialización y distribución de envases de atún Marbella por haberse hallado una importante partida en mal estado. Por suerte siento que aún es temprano para hablar de la importancia del botulismo en la neurótica soledad de la creación.

Bien. Vayámonos del esfínter. Sin dejar de recordar juntos que todos nacemos haciendo heces y envueltos en ellas. Moralejas no. Pero antiayudarnos con un nuevo interrogante, sí. De manera que pregunto, para que se lo pregunte quien quiera: ¿Soy capaz de besar la caca del ser que amo?

Asignaciones familiares

Según algunas teorías todos elegimos a nuestros padres. Según algunas prácticas todos no. No me quedo ni con unas ni con otras. Con las primeras me cuesta –por ignorante, claro–, usar el verbo elegir, no llego a entender cómo se puede elegir sin albedrío, sin tener dominio de la voluntad, sin poseer un conocimiento de los hombres y de las cosas, sin ser, o por haber sido en otra vida quién sabe qué, porque finalmente es eso lo que intento descifrar en vano de esas teorías: quién sabe qué. Y con las segundas, bueno, cómo podría estar de acuerdo con esas prácticas en las que, con violencia más o menos disimulada, padres e hijos pretenden deselegirse como tales, malacompañándose por los siglos de los siglos.

Llegó la varoncita

Ana María F., 41, cosmetóloga, nació en un hogar donde se soñaba con la llegada de un varoncito que de grande jugara en Boca:

–Pero vine yo, con esta cinturita, estas gambas, mi buen par de tetas, ¿tan mal no estoy, no?, y por si esto fuera poco hincha fanática de River (...) Ellos me lo contaron, además de hacérmelo sentir siempre. Vos te vas a reír pero mi padre se ofendió terriblemente con mi madre cuando nació, estuvo casi un año sin dirigirle la palabra, y mi madre, obviamente, creía que él tenía razón, que ella le había fallado. Así que ella sufría por partida doble, porque no había tenido el varón esperado y porque mi padre no le hablaba (...) Sí que me hubiera venido bien un hermano, 85 hermanos hubiera querido tener, pero, ¿sabés el detalle?, mi madre nunca más pudo quedar embarazada después que nació yo... ¿Viste que se dice que al hijo único se lo cría dándole todos los gustos?, bueno, a mí me criaron dándome todos los disgustos, retándome y poniéndome en penitencia por cualquier boludez, no dejándome salir, yo vivía aislada, no es casual que esté sola y me encante a muerte vivir sola, ¿te das cuenta?... Recién a los veintipico de años, casi 30, poco tiempo después de que mi padre falleciera, mi madre se animó a contarme que ella no quería tener un varoncito, que quería una nena, pero que nunca se animó a decírselo a mi padre, todo lo contrario, para recuperarlo a él, que estaba tan ofendido, le hizo creer toda la vida que ella también sufría por no haber podido darle un varón (...) Sí, por supuesto, ésos son los padres que elegí (...) Por una cliente que tengo en el instituto, que es terapeuta en alternativas. Hice una experiencia muy interesante con ella, grupal, una cosa muy movilizadora de todas las estanterías, ahí descubrí que todos elegimos los padres que vamos a tener, no son los padres los que eligen tener a sus hijos, parece muy superficial explicado así pero hay que hacer la experiencia para comprender, todos somos eternos, somos mucho más que esto que se ve, y ni empezamos cuando nacemos ni terminamos cuando morimos, a mí me costó aceptar que mis padres eran los que eran, o que habían sido los que habían sido, pero tenía que perdonarlos, no había escapatoria, y para perdonarlos tuve que

entender que la que los había elegido era yo, recién cuando supe eso pude perdonarlos (...) Sí, eso me tranquilizó, me trajo un alivio, pero, desgraciadamente, hay algo que me ahoga de todo esto (...) Y... que yo siento que todavía no he podido perdonarme yo el haberlos elegido a ellos como padres...

He leído en varios lados y escuchado en otros que lo mejor que nos puede pasar cuando nacemos, además de no morirnos, es que una familia nos reciba y se ocupe de nosotros. Sin embargo yo pienso que lo mejor que nos puede pasar cuando nacemos es que una familia nos reciba y nos ame. Observemos ese par de manos francas pero apuradas, casi comerciales, que se ocupan de bañar y vestir al bebé con una solvencia digna de otra causa, por ejemplo un matambre. Observemos luego ese otro par de manos, se ocupan también, pero acariciando y celebrando, como sabiendo a quién tocan y sintiendo lo que hacen. Y observemos ahora al bebé 1 y al bebé 2, ¿en qué manos diríamos que ha caído uno y otro? ¿Podemos diferenciarlas?

¿Cuál es el papá suplente?

Joaquín S. tiene 7 años, juega ajedrez, estudia computación, inventa teoremas, desarma autos, hace cualquier cosa menos reírse. Conocí a Joaquín cuando era un bebé de seis meses de vida y portaba una mirada que, apenas la vi y antes de saber nada de él, me pareció la de un viejito que llevaba vivido demasiado. Cuando supe su historia, que me contó su madre, Silvia, delante de él en plaza Irlanda, confirmé que Joaquín ya había escuchado todo eso más de una vez. El título de esa historia podría ser **El niño que tenía dos padres**, aunque no suene tan gancho en una cartelera como la actual, poblada de tantos niños con un papá que es el biológico y otro papá que es el marido de mamá. Pero el caso de Joaquín tenía otros matices: tanto Eduardo, el marido de su mamá, como Víctor, el amante de su mamá, alegaban ser sus padres biológicos. “Cuando quedé embarazada —me decía Silvia, muy suelta de cuerpo y alma— decidí contarle a Eduardo que estaba saliendo con Víctor, un poco porque él sospechaba que yo andaba en algo con alguien, una vez me lo había preguntado y yo de estúpida, de cagona, se lo negué, pero

se lo quise contar fundamentalmente porque yo estaba segura de que el hijo que iba a tener era de Víctor, no de él. Por más que tenía relaciones sexuales con los dos, mi intuición me decía eso. Pero tuve la mala suerte, o la buena suerte, no lo sé, de que Eduardo, apenas le dije que estaba saliendo hacía un año y pico con un tipo que él no conocía... me perdonara. Fue un horror para mí. En un primer momento sentí asco por él, de verlo tan regalado, tan tarado por mí, y después me dio lástima, y cuando me dio lástima me fui a la mismísima mierda porque me entró una culpa terrible, me puse a llorar como una boluda y ahí me cerré, y no me animé a decirle que mi sospecha era que el hijo era del otro. Es más, me lo preguntó y yo le dije que era de él haciéndome la ofendida... Esa noche le prometí a Eduardo, me hizo prometerle él, que rompería con Víctor, pero no pude, lo seguí viendo, porque en realidad yo no estaba enamorada de mi marido, estaba enamorada de Víctor, desesperada por él, y Víctor, aunque también era casado, se manifestaba dispuesto a reconocer al chico... hasta que nació Joaquín y ahí se desencadenó todo. “Y fue un desencadenamiento a primera vista porque Joaquín, a diferencia de Silvia y Eduardo —rubios ambos, de ojos claros y tez muy blanca— salió morochísimo y narigón como Víctor, “el vivo retrato del otro”. La situación más complicada de todas sucedió en la habitación de la clínica, a la mañana siguiente del parto: la mamá, el recién nacido, algunos abuelos y tíos, Eduardo feliz y asumidísimo como flamante padre... y Víctor en la misma, apareciendo de golpe con un ramo de rosas. Silvia reía al recordarlo, como si me contara su escena preferida de una película italiana que le había divertido mucho. “Lo más loco de todo es que Eduardo, apenas lo vio, lo reconoció como el tipo con el cual yo había estado saliendo pero no como el verdadero padre del nene, se le fue al humo y le dio una trompada, volaron las rosas, mi suegro no entendía nada, mi mamá sí porque yo le había contado todo, un quilombo, y este santo durmiendo profundamente, insultos, gritos, vino una enfermera, el médico de guardia... ¿y sabés por qué se mandó Víctor a la clínica? Porque yo le mentí, le dije que Eduardo me había abandonado. Víctor huyó, y cuando te digo huyó, te digo que huyó de tal manera que no lo vi nunca más ni supe más nada de él, yo lo busqué después, a la semana y durante casi dos meses, quería

que viera al nene porque suponía que lo reconocería como su hijo, si no se hubiera aparecido con aquellas rosas en la clínica, pero nunca más supe de él... “¿Y Eduardo, pudo seguir manteniendo con rigor el comportamiento asumido desde un comienzo? “¡Por supuesto! Jamás, pero jamás, eh, puso en duda que el chico fuera suyo –me contaría Silvia años después–, pero el chico estaba cada día más parecido a Víctor, y como a mí la calentura con Víctor no se me fue nunca, yo lo veía a Joaquín y miraba para otro lado, incluso le pegué de más muchas veces, lo puse en penitencia, no le contestaba cuando me hablaba, después a la noche, cuando estaba dormidito, me tiraba encima de él y lo abrazaba llorando, y él se despertaba asustado, pobrecito, y se ponía a llorar conmigo”. Hace poco más de un año Silvia intentó suicidarse ingiriendo 30 pastillas. Cuando salió de eso intentó hacerlo nuevamente duplicando la dosis, y volvió a salvarse. Está internada en una clínica psiquiátrica desde hace nueve meses y lo único que la alienta es recibir la visita diaria de Eduardo, su marido. Por su hijo no preguntó nunca más. Tampoco Joaquín por ella ni por sus dos padres. El niño vive actualmente con un tío abuelo y una bisabuela a los que llama papá y mamá.

Tienen razón mis psicoanalistas cuando afirman que todos ingresamos a dos familias cuando nacemos: a la familia de la humanidad, que tan inhumana puede llegar a ser, y a la familia sanguínea, que tan sangrienta. Ellos insisten en que nos conviene quedarnos con las dos por la complicada razón de que los lazos espirituales tienen sangre propia y los lazos de sangre tienen un espíritu aparte.

–Pero entonces –les pregunto yo– ¿de quiénes somos hijos?

–De un ser humano y de otro ser humano, de un hombre y una mujer, de un padre y una madre –me aclaran ellos–. De manera que un hijo bien criado será aquel cuyo padre sepa ser lo suficientemente madre, para comprender, y su madre lo suficientemente padre.

–¿Pero eso ya lo saben ellos cuando están embarazados de nosotros?

–Lo saben y no lo saben. La madre espera al hijo ilusionada como si fuera a tener un novio, y el padre como si fuera a te-

ner un hermanito. Luego, cuando nace el hijo, la madre cree que ha tenido un marido y el padre cree que su mujer ha tenido un amante.

–¡Qué desolador, doctores! ¿No existe una inyección que pueda preservarnos de tantas equivocaciones en familia?

–Sí, existen dos. Una de espíritu intramuscular, que es la que uno aplica cuando intenta tener bajo control a su familia, y una de espíritu endovenoso, que es la que aplica la familia cuando intenta controlarlo a uno.

–Cuántos rollos, menos mal que la vida es sueño...

–...y que los sueños sueños son. Porque fíjese lo que le pasó a Beatriz, esa paciente con la que usted se cruza los martes cuando entra. Ella llegó una vez muy atribulada a nuestro consultorio a raíz de un sueño espantoso que había tenido la noche anterior: soñó que se acostaba con su padre porque su madre se lo ordenaba, ¿qué le parece a usted?

–Bueno, no sé, depende de cómo le haya ido... ¿Ustedes qué le dijeron?

–Primero, que tratara de despertarse cuanto antes. Y luego que tratara de no soñar despierta. Pero usted cuando la vea no le diga que nosotros se lo contamos.

¿Somos lo que soñamos, soñamos lo que somos, somos si no soñamos...?

Mi mamá me mira

Evaristo N., 43, mecánico, soñaba con ser propietario de dos casas antes de casarse: una para habitarla él con su flamante esposa, y otra, muy cercana, en la que viviría su anciana madre, a la que él por supuesto seguiría manteniendo. Pudo seguir manteniéndola, pero no pudo cumplir el sueño de los inmuebles. Evaristo se casó hace casi un año con Celia, su novia, enfermera de siempre, y la ha llevado a vivir al pequeño departamento de un ambiente en la zona de Villa Crespo que comparte hace más de 20 años con su madre. De día no hay mayores problemas: Evaristo está en su taller, Celia en su hospital, y la anciana en el departamento, lavándoles la ropa y cocinando para ellos. El problema es a la noche, después de cenar. Cuando la madre quiere que su hijo continúe con la costumbre de leerle la Biblia

y Celia quiere sexo. Me encontré con Evaristo en un bar de Corrientes y Montevideo y le pregunté qué quería él:

—Ninguna de las dos cosas —me contestó, retorciéndose las manos y disparando los ojitos hacia cualquier lado—, ni seguir leyéndole la Biblia a mi vieja delante de Celia ni seguir cogiendo con Celia delante de mi vieja.

—¿Qué te gustaría hacer?

—Hacer yo, nada. Pero me gustaría que... no que se mueran las dos, que desaparezcan, que no estén. Cuando me viene eso a la cabeza no me animo a pensarlo más de diez segundos, me siento el peor sorete... Tengo juntas conmigo a las dos mujeres que más quiero en el mundo y nunca me sentí tan solo como ahora, ¿te das cuenta lo que me pasa? La estoy haciendo infeliz a mi vieja, que para ella la Biblia de las noches fue toda su vida el oxígeno que la mantuvo en pie y es una mierda que a mí me dé vergüenza leerle un rato hasta que se duerma, como hice siempre cuando vivíamos solos... Y la estoy haciendo infeliz a Celia, aunque lo de ella es otra cosa, Celia es más culpable que mi vieja, no tiene su inocencia...

—¿Por qué?

—Bueno, cómo explicarte... Celia siempre fue de gritar bastante cuando cogíamos, siempre le gustó demostrar con grititos cuando gozaba, y a mí me calentaba que gritara, la verdad es que gozar gozamos los dos normalmente durante los 16 años que llevamos cogiendo, el tema es ahora, cuando tendría que taparse la boca y cuidarse especialmente de esos gritos por razones lógicas, y resulta que grita más que antes... gritaba bah, porque cogimos una sola sola vez en este departamento, la noche del casamiento, después nunca más...

—¿Se los prohibió tu madre?

—Se lo prohibí yo a Celia, después de aquel momento horrible que pasamos cuando ella empezó con sus gritos...

—¿Por qué un momento horrible?

—Porque mi madre se despertó sobresaltada por los gritos de Celia, convencida de que había entrado un ladrón al departamento, de que nos estaban matando o algo por el estilo, y el susto le provocó un ataque de presión, se le fue a 24...

—¿Se le fue la presión a 24 por los gritos o por lo que vio?

—Por los gritos, gracias a Dios fue por los gritos. Porque al día siguiente cuando se recompuso, debo reconocer que Celia

la atendió muy bien, mi vieja nos preguntaba preocupada si el ladrón nos había hecho algún daño...

—¿Y ustedes qué le dijeron?

—Celia nada, muda. Y yo... yo le dije que... que fue una cosa de segundos y que el tipo no nos había hecho nada físico, pero sí un daño moral... Pobre vieja, le hice creer que el chorro se había robado la Biblia...

Miento, luego existo. Existo, luego puedo seguir mintiendo.

Pasado mañana será otro día

Patricia V., 44, modista y ama de casa, admite que le gustaría estar sola aunque fueran diez minutos por semana pero jamás se atrevería a confesárselo a su familia:

—¿Por que, Patricia?

—Porque en este momento estamos muy desunidos entre nosotros, y si yo digo una cosa así no se la tomaría bien, me harían sentir que los estoy provocando...

—¿No hay amor entre ustedes?

—No hay todo el que debería haber... Somos cinco y sufrimos cinco: mi marido, yo, un hijo de tres años que es de los dos, un hijo mío de 16 de mi primer matrimonio y una hija de 13 que es del segundo matrimonio de mi marido, del que quedó viudo, a eso agréguele los problemas económicos...

—¿Ninguno quiere a nadie, Patricia?

—Mi hijo el de 16 lo quiere a mi marido pero mi marido a él no, la de 13 no me quiere a mí ni yo la quiero a ella, ella lo quiere al de tres pero el de tres es terrible, no quiere a nadie... Y mi marido y yo nos dejamos de querer hace más de un año, la misma noche en que se lo confesé yo a él me lo confesó él a mí, no digo que diez puntos pero estamos mucho mejor desde ese día, nos respetamos más, los dos sabemos que por ahora tenemos que seguir así, sin separarnos...

—¿Qué quiere decir "por ahora"?

—Por ahora es hasta que no solucionemos esos problemas económicos y estemos en condiciones de separarnos bien, sin que se destruya la familia, como personas civilizadas, no como salvajes...

Hijos que ladran

El 24 de diciembre a las 4 de la tarde tomé un taxi en Plaza Italia hasta la terminal de ómnibus de Retiro. El chofer, un hombre fornido de unos 45 años, de ademanes agresivos pero controlados, lloraba mordiéndose el labio inferior, daba la impresión de llevar un buen rato así:

–Voy a pasar la Nochebuena más desgraciada de mi vida –me dijo, o se lo dijo a él–, no sé cómo voy a hacer para mirar a la cara a mi mujer y a mis hijos...

Silencio. Y una cuadra después:

–¡Que no me jodan mucho tampoco porque los mando a la puta madre que los recontramilparió a los tres, no quiero ni ir a mi casa!

Guardé mi revista en el bolso, interesado por el problema de Haroldo F. (según leí en su licencia de conductor). Pero Haroldo no me dio tiempo a preguntarle:

–Hace cuatro días se nos murió un perrito pekinés que teníamos desde hacía dos años... Un perrito que si usted lo viera, fino, precioso, un príncipe era... Lo bañábamos todos los días, le poníamos perfume, desodorante para axilas, sábanas limpias todas las semanas para su camita, era un perrito de cine el Falucho, de película era, la gente del barrio no podía creer que fuera de verdad...

–¿De qué se murió?

–De un infarto, dijo el veterinario. Le hice un ataúd con un cajón de papas nuevo, pintado, bien forradito, y lo enterré en el fondo del patio de una hermana que vive en Boulogne, pero a mi mujer y a mis hijos les dije que lo había enterrado en otro lado, lejos, no les dije dónde, pero esta noche nos reunimos a esperar la Navidad en la casa de esta hermana que le digo, en Boulogne, no les puedo decir que el Falucho está enterrado ahí, al lado de donde vamos a estar comiendo todos... ¿Sabe qué triste es que la mujer de uno y sus hijos le echen la culpa de haber matado al perrito?

–¿Y por qué le echan la culpa?

–Porque me reprochan que lo haya sacado a pasear un día de tanto calor como fue el domingo, yo quise sacarlo como todos los días y mi mujer se enojó, decía que era una temperatura

demasiado alta para él, pero él quería salir, movía la colita, no estaba aplastado por el calor como nosotros... ¿a usted le parece que hizo más calor que otros días el domingo?

–No, fue como todos los días...

–¡Pero claro, si hacía 35 grados, 34 y pico, como todos los días de esta semana!...

Le ofrecí mi pañuelo y le dije que se lo quedara.

–...gracias, discúlpeme, no puedo más, sabe... Para colmo parece que todo se juntara en estas fechas... Hace 17 años, un 21 de diciembre, se nos murió un hijito de 25 días, y ni mi mujer ni yo hemos podido consolarnos todavía, es algo que nunca superamos ni vamos a superar, ¿se da cuenta?... Sobre todo porque mi mujer siempre me echó la culpa a mí de que el bebito se nos muriera, dice que estaba demasiado fría para él el agua que yo había preparado para bañarlo, dice ella pero yo estoy seguro de que el agua estaba bien... Y nunca nos consolamos, por más que teníamos en ese momento otro hijo de cinco años, y al año y pico de fallecido nuestro bebito tuvimos otro... A partir de ese momento mi mujer empezó a exigirme un perrito, quería un perrito a toda costa, de la raza que fuera, y yo me negaba, a mí también me gustan los animalitos pero me negaba, me negué durante 15 años... 15 años pidiéndome un perrito y yo 15 años negándome, hasta que un día, hace unos dos años, me convenció... se enfermó de los nervios, se puso desconocida, mis dos hijos se pusieron de parte de ella y me retiraron la palabra... así fue como apareció Falucho en la casa, que de entrada fue una alegría para todos, una felicidad de ésas que le llegan a uno sin esperarlas, ¿vio?, como un Prode...

Llegamos a Retiro. Mientras buscaba el dinero para pagar, pensaba qué desearle a Haroldo más allá de una feliz Nochebuena y un próspero Año Nuevo. Pero lo dijo él antes que yo:

–¿Sabe qué necesito yo, señor?... ¡Que me dejen respirar!... Yo, lo único que pido, es volver a respirar, con eso me conformo...

Si este fuera un manual de autoayuda correspondería ahora un ejercicio para controlar el estado de nuestro propio ciclo respiratorio. Pero como es de antiayuda se descuenta que estamos respirando todos como Haroldo.

Entre hermanos se puede

Los hermanos Analía D. (19) y Fidel D. (21) dicen haber recuperado el arte de respirar en familia el día que se animaron a confesarse que se amaban y a tener relaciones sexuales como lo habían deseado desde siempre. Ambos coinciden en afirmar que el acontecimiento los llenó de felicidad y “nos hizo sentir mucho más hermanos que nunca.” Conocí a Analía y a Fidel por medio del Chino, un ex vecino mío y primo de ellos, a quien encontré en un cine hace unos días después de varios años de no verlo. Cuando le comenté que andaba en medio de un libro acerca de los solos y los mal acompañados, enseguida saltó:

—¿Y una pareja de bien acompañados no te sirve?

—¿Por qué, tenés una?

—Un primo y una prima, hijos de una hermana de mi vieja. Son hermanos, viven en pareja desde hace cuatro años, y tienen una nena de tres y medio preciosa, perfectamente normal...

A la mañana siguiente, un sábado de lluvia, el Chino pasó a buscarme por mi casa en su camioneta y fuimos a Isidro Casanova. Allí vivía, en una muy humilde vivienda comenzada con ladrillos, continuada con cañas y terminada con lonas, la pareja que tan al pie de la letra se había tomado la máxima martinfierrista: “Los hermanos sean unidos porque ésa es la ley primera...”

Se sintieron honradísimos con nuestra visita. Primero porque el Chino era el único familiar que los seguía frecuentando, sin enjuiciarlos además, por lo tanto todo aquel que cayera con él era un Chino más para ellos; y segundo, como pude advertir a los pocos minutos de observarlos, porque Analía y Fidel estaban más necesitados de gritar a los cuatro vientos su felicidad fraterno-conyugal que de ocultarla. La chiquita, María de los Angeles, era de verdad preciosa y muy simpática. A la hora de llegar estábamos todos rodeando alegremente una fuente de tallarines y un porrón de vidrio azul lleno de vino recién salido del tetra brick. Entre bocado y bocado, entre frase y frase, Analía y Fidel se besaban o besaban a su hija. Los miré a todos, me vi con ellos, y pensé que los Benvenuto eran unos degenerados comparados con nosotros. Cuando llegó la sobremesa sucedió algo que me permitió conocer los nubarrones que eran capaces de manchar

el cielo azul del hermanado matrimonio: eran nubarrones oscuros y pesados que tenían la forma del recuerdo de sus padres.

Fidel, de una personalidad exuberante y propensa a disparar un chiste tras otro, sea de lo que sea, alzó a su hijita y le preguntó, mirándonos a los demás:

—¿Quiénes son tus abuelitos?

—Papá y mamá —dijo la nena, señalando a su papá y a su mamá.

—¡Muy bien, muy bien!

Analía, a quien se la veía padecer con resignación los chistes de los que disfrutaba su hermano, se alteró:

—¡Basta con eso, Fidel!

Luego, a mí:

—El no quiere que la nena conozca a sus abuelos y yo digo que sí, por más que ellos nos hayan echado de casa cuando le dijimos de lo nuestro, y no hayan querido saber nunca más de nosotros ni de la nena, yo pienso que algún día tiene que conocerlos, y ellos a su nieta, porque no es ningún pecado lo nuestro...

La discusión creció y María de los Angeles empezó a llorar. Se dijeron de todo. Así pude enterarme de que el padre de Analía y Fidel era, es, alcohólico y les pegaba mucho de chicos, que la madre le pegaba al padre cada vez que él llegaba borracho y se le daba por pegarle a sus hijos, que ambos, el padre y la madre, los abandonaron en un hospital cuando Analía tenía 6 años y Fidel 8, que un mes después se arrepintieron y fueron a buscarlos, que al poco tiempo fueron los hermanos los que se escaparon del hogar y fue la policía quien los trajo de vuelta... pero lo que más me llamó la atención de la pelea fueron dos cosas: que Analía hablara de sus padres con un amor desmedido y que Fidel se refiriera a ellos con un odio como el que suele dedicársele a los peores suegros. Cuando me despedí de ellos, la nena se había quedado dormida y sus padres, ya reconciliados, se besaban y se hacían mimos como al comienzo, pidiéndose perdón uno al otro.

Sólo nos une un gran odio

Antonio C., 59, soltero, maestro mayor de obras, y Enrique C., 57, soltero, maestro mayor de obras, también son hermanos.

Y también viven juntos, en la casa que construyera el padre de ambos hace 47 años. Sólo que en condiciones distintas a las de los hermanos anteriores, según cuenta Antonio:

—En junio van a hacer doce años que no nos hablamos con mi hermano... Somos de la misma profesión pero no tenemos nada que ver uno con el otro, él trabaja por su lado y yo por el mío, él se hace su comida y a mí me gusta ir a comer afuera, no nos vemos casi nunca, mejor así, está tranquilo él y estoy tranquilo yo...

—Pero están peleados...

—Bueno, ya no, nos peleamos muy fuerte en aquel momento, por motivos económicos, mejor dicho por la herencia paterna, pero eso ya pertenece al pasado...

—¿...?

—Si él no existe más para mí, y yo no existo más para él, no hay razón para pelearse y estamos los dos en paz, ¿es así o no?...

—¿Nunca se les ocurrió separarse?

—Para qué vamos a separarnos si los dos estamos cómodos viviendo así, a los dos nos conviene... Yo, por mi parte, estoy comodísimo; ¿usted cree que si yo no me sintiera a gusto no le diría que se fuera a la mierda?... Y lo mismo él, téngalo por seguro, si él no aguantara seguir viviendo así, en la forma en que estamos viviendo, cada uno haciendo su vida, pierda cuidado que ya me lo habría hecho saber de alguna forma, veneno es lo que le sobra a él...

El vocablo **familia** viene del osco **famel**, que equivale a siervo o esclavo. De este origen proceden también familiar, fámullo, fámula. Primeramente se entendió por familia la reunión de esclavos o de fámulas que acompañaban al señor de la casa. Y después se extendió a los padres, a los hijos y a los hermanos. Con lo cual, aparentemente, la esclavitud logró democratizarse. Suerte para todos.

SEGUNADA PARTE

EL TRABAJO ES UN CAMINO DE IDA

Ríete nomás, ríe te digo...

“Oye, debes ganarte la vida, ¿sabes?” Ya, ya. De manera que habrá que perderla trabajando. Queda otra, pero no está en este mundo. El trabajo es salud, dicen los desocupados y los vagos; pero los demás, los que vivimos para trabajar y los que trabajamos para vivir, estamos demasiado enfermos como para darnos cuenta de qué quiere decir eso.

“Oye, deberás abrirte camino solo, ¿entiendes?” Sí, entender se entiende, pero de ahí a asimilarlo. “¿Cómo, no era que buscabas tu independencia?” ¡Independencia, qué bonita palabra! ¿Independencia a qué altura era?...

Hablando de ella, y de las amargas servidumbres que se crean en cualquier trabajo por más independiente que sea, pienso que los humanos nos debemos algo imposible de pagar en esta vida: la gran carcajada inicial. No digo no llorar cuando nacemos, pero ya que son dos las máscaras que nos identifican, ¿no debiéramos salir llorando (para no perder la tradición) y, en el momento en que nos cortan el cordón umbilical, largarnos a reír como manera de festejar la declaración de nuestra independencia? Claro que, visto desde aquí, lo que hace reír es la palabra festejar en relación con aquel corte; o la palabra independencia. Sin embargo lo fue. Entre paréntesis, comillas y signos de interrogación, todo lo que se quiera, pero independientes, lo

que se dice independientes, nunca más lo volveremos a ser de manera tan concreta como aquella vez. El resto es mente. Por eso añoraba la memoria de una carcajada inicial, esa especie de risa automática pero verdadera que podríamos reproducir cada vez que la vida nos hiciera vivir en relación de penitencia, digo de dependencia, estemos o no trabajando.

Mateo Z. (69), Gladys T. (44), Emilia K. (53), Mario A. (39) y Rogelio U. (60) son extras y trabajan como reidores en varios programas cómicos de televisión. Sus jornadas son de unas 9 o 10 horas diarias y sus jornales más o menos lo mismo en pesos. Los cinco tienen experiencia cinematográfica (siempre de relleno y en intervenciones mudas) y dos de ellos han trabajado en circos y varietés. Pero todos coinciden en afirmar que lo que aman profundamente es su trabajo de reidores. También coinciden cuando explican el motivo de ese amor: los hace sentirse acompañados, menos solos. Conversé con ellos en un bar de Rivadavia y Larrea, y lo que se leerá ahora es la desgraciación de una parte de esa charla:

MATEO: Yo cuando empecé a trabajar en esto, hace 34 años, no sabía reírme, tuve que aprender y aprendí... Después llegué a jefe de risas y estuve casi 20 años en ese puesto...

EMILIA: Ahí te conocí yo, eras bravo como jefe...

MATEO: Porque yo pienso que si Dios nos ha dado una profesión tan maravillosa como esta de reírnos, y encima nos pagan por eso, tenemos que hacerlo con profesionalismo, es lo mínimo que se nos puede pedir...

ROGELIO: Con profesionalismo y con arte...

MATEO: Exactamente...

ROGELIO: ...porque no es lo mismo una risa de apertura que una risa de remate, no es lo mismo una...

MATEO: ...una risa mecánica que una risa natural...

EMILIA: Yo me río siempre de la misma manera, me la sé de memoria...

GLADYS: Oh sí, ella teje mientras trabaja, yo no puedo...

MARIO: Yo me río a botón, menos mal, porque con todo lo que tengo para llorar en mi casa cuando llego...

GLADYS: A veces no tenemos ganas de reírnos pero tenemos que reírnos igual...

EMILIA: Se te muere un pariente, te duele la muela, te pe-

leaste con una amiga, yo qué sé, cualquier cosa te puede quitar las ganas de reírte...

MATEO: Disiento. Si alguien trabaja de reidor y no puede reírse, por la razón que sea, no está haciendo su trabajo correctamente, no es un reidor profesional... Yo viví 11 años con un gato que era un hijo para mí, parecía un perrito, un gato gris y blanco, todo peludo, hermoso... Vos lo conociste, Rogelio...

ROGELIO: La pucha...

MATEO: ...y desgraciadamente me lo pisó un camión al animal, lo destrozó, y yo al otro día vine a trabajar y trabajé, y rendí como si hubiera sido un día igual que todos, ¿o no?...

ROGELIO: Es cierto, me acuerdo...

MARIO: Yo, por mí, estaría trabajando de reidor las 24 horas del día, cualquier cosa con tal de no estar en mi casa mirando las paredes o el techo...

EMILIA: Es triste, sí...

GLADYS: Porque a él (a Mario) se le murieron los padres en un accidente y a los pocos meses enviudó...

MATEO: Y bueno, la vida es como es, no como uno quisiera que sea... Lo importante es que nosotros tengamos trabajo siempre, y lo vamos a tener...

GLADYS: Dios te oiga, Mateo...

MATEO: ...lo vamos a tener, lo vamos a tener, porque por más satélites y adelantos que vengan para la televisión, los programas cómicos no van a dejar de existir...

ROGELIO: ¡Exactamente!

MATEO: ...y nosotros no vamos a dejar de existir para los programas cómicos, porque imaginarse un programa cómico sin risas es la cosa más absurda del mundo...

EMILIA: A la gente que está en su casa, sola, con sus problemas y sus dramas, hay que motivarla...

MATEO: ...en realidad, si nos ponemos a pensar bien, somos más importantes nosotros los reidores que el programa en sí mismo...

GLADYS: ¡Eh, me parece que se te fue un poco la mano...!

ROGELIO: Tiene razón, yo entiendo lo que quiere decir...

MATEO: ...¿o no somos nosotros los que mandamos la orden al televidente de cuándo debe reírse?

GLADYS: Bueno, a algunos televidentes, no a todos...

MATEO: ...a todos los que se sientan a ver un programa cómico porque están dispuestos a reírse, a esa gente motivamos, es automático, está probado...

ROGELIO: Bueno, con Olmedo no era así...

MATEO: Claro, porque Olmedo era autodidacta, no se manejaba con libretos... El siempre nos pedía que nos riéramos cuando sintiéramos la necesidad, cuando nos resultara gracioso algo de lo...

GLADYS: Olmedo siempre era gracioso...

MARIO: No vas a compararlo con Chaplin...

EMILIA: ¡Ese sí que no necesitaba reidores!

GLADYS: Porcel es muy de pedir las risas cuando él quiere, y no tiene problemas en...

MATEO: No demos nombres, no demos nombres...

MARIO: Sapag nos ofendió a todos un día porque no nos reímos como él quería...

EMILIA: Falta de seguridad, y estalló ante los más débiles, como pasa siempre...

MATEO: ¡No demos nombres, compañeros!

EMILIA: ¿Esto va a salir publicado tal cual?

ROGELIO: Un detalle que es interesante de poner en el libro: nosotros, me refiero a los reidores, hace siete años que obtuvimos la conquista sindical de trabajar sentados...

GLADYS: ¿Pero eso qué importancia tiene en un libro sobre la soledad?

ROGELIO: ¡Tiene, cómo no! Nuestro trabajo es un trabajo solitario por más que lo hagamos en grupo...

MARIO: Eso es verdad...

ROGELIO: ...quiero decir que es mucho más llevadero hacerlo de sentados que de parados...

GLADYS: A mí me da lo mismo...

ROGELIO: A vos todo te da lo mismo, pero no me vas a negar que estamos mucho más integrados cuando nos sentamos...

GLADYS: ¿Integrados a qué?

ROGELIO: ¡Integrados entre nosotros, Gladys, vos sabés lo que quiero decir!

GLADYS: Integrados entre nosotros y acabás de decir que

nuestro trabajo es un trabajo solitario...

MATEO: Nosotros somos los solitarios, los que lo hacemos, no nuestro trabajo... la risa nunca puede ser una cosa solitaria, jamás de los jamases...

Cuando apagué el grabador, después de una hora y media larga, les hice notar que ninguno de los cinco se había reído una sola vez durante toda la conversación. Les agradecí que no la hubieran vivido como un trabajo.

Despacio: solos trabajando

Lo hagan por cuenta propia o ajena, encerrados o en la vía pública, los que trabajan solos tienen oportunidad de pasar la mayor parte del día con ellos mismos. ¿Qué resultará más divertido, darse cuenta de eso o tratar de olvidarlo todo el tiempo que se pueda? Tiene la última palabra la neurosis de cada uno, si es que pueden emitirla. Claro que al momento de ponernos a trabajar, y solos, nunca nos conformamos con una sola neurosis, necesitamos varias.

El diablo de la guarda

O a lo mejor una sola pero bien grandota, como la del quiosquero de Acoyte al 200, un hombre de unos 55 años, con peluquín canoso y mentón clavado en el pecho, a quien llamaremos Mierdango. Lo vi una sola vez en mi vida, pero la experiencia me sobró para saber qué contestarle al destino si algún día tuviera el mal gusto de ofrecerme una segunda oportunidad con Mierdango. "Gracias, recién tiré" -le diría.

Andaba circunstancialmente por el barrio. Me empezó a molestar la garganta y no lograba darme cuenta si era que me picaba o era que me dolía. Si me picaba, me compraría una *Halls* de miel en cualquier quiosco; si me dolía, me metería en una farmacia y pediría *Anginetas*. Decidí que no podía dolerme, me quedaban muchas cosas por hacer con la voz durante el resto del día, entre ellas una de mis favoritas: el recital en el baño, cuando llegara a casa y me duchara. Encaré hacia el primer quiosco que vi. Incrustado en un metro cuadrado de golosinas, Mierdango, con los brazos tan cruzados que parecía vestido con

chaleco de fuerza, contemplaba el ir y venir de la gente por la calle como si supervisara, desaprobándolo, el comportamiento de los integrantes de un campo de concentración del que él era el dueño. “No importa –pensé–, un paquete de pastillas se compra en dos segundos”.

Llegó un muchacho antes que yo, 16 o 17 años, y preguntó:

–¿Qué marcas de forros tiene?

Mierdango lo miró fulminándolo, valga la redundancia, y le contestó:

–Rajá de acá, mocoso de mierda, te voy a dar forros a vos.

Y luego, a mí:

–¿Usted qué va a llevar?... Forros, no saben limpiarse el culo y quieren usar forros...

El muchacho quedó tan traspasado por el impacto recibido que se largó a reír. Me miró como consultando si yo también había escuchado lo mismo que él y giró de nuevo hacia Mierdango, actuando suavidad:

–Discúlpeme, viejo choto: ¿usted sería tan amable de irse a la putísima madre que lo recontramil parió?

Y se fue, cagándose de risa. El insulto, a pesar del preservativo gentil con que fue expelido, infectó aún más el alma de Mierdango, que me buscó de aliado:

–¡Córralo... atájemelo!

Por supuesto, no me moví. Mierdango intentó salir de su casilla y no pudo. Una caja de alfajores y otra de jabones se le vinieron encima de su cabeza provocando, de golpe y porrazo, que el tema de su ira se trasladara a la falta de espacio “que tengo en este cuchitril podrido.” Se controló el estado del peluquín mientras me miraba de reojo, entendí que tratando de no despertar sospechas en mí de que lo suyo era postizo. Levantó unos jabones, se le volvieron a caer, y los pateó. Por no escupirme me preguntó:

–¿Qué va a llevar?

–Buen día –dije, actuando una suavidad parecida a la del modelo anterior.

–Pendejo sorete, lo tengo visto, es de acá de la zona... ¿Usted lo escuchó, no? Andan todo el día por la calle drogándose, vagos, mire la educación que tienen, ¿se da cuenta usted?... ¡Yo

hace 32 años que tengo este quiosco, 16 horas por día trabajo, solo, so-lo, nadie me viene a ayudar a mí, me enfermo y tengo que venir igual, a ver si es capaz ese pendejo de laburar paradito acá adentro 16 horas todos los días, hasta los domingos, como hago yo, ya lo voy a agarrar, lo he visto otras veces, ¿quiere que le diga la verdad? Toda la gente es una mierda hoy, los grandes porque son grandes, los chicos porque son chicos, todos quieren pasarle encima a los demás, todos quieren ser vivos, acá viene de todo, de to-do, cada cual más mierda (*pausa corta*) ¿Qué va a llevar?

–Buen día –repetí, esta vez en homenaje al recuerdo de *Totó*, el de *Milagro en Milán*, un chico que provocaba escenas de pánico urbano con su costumbre de darle los *Buenos Días* a todos los desconocidos que cruzaba por la calle.

Mierdango no había visto *Milagro en Milán*. Y si la vio, le hubiera aplicado la picana eléctrica a *Totó*.

–¿Qué va a llevar?

–Buen día... (*pausa corta*)

–¿Usted también tiene ganas de joder? –me preguntó.

–Buen día –insistí.

–Señor: me dice qué necesita o se me retira del quiosco.

–Buen día...

–Retírese, hágame el favor...

–Buen día...

–¡Saque la mano del vidrio!

–Buen día...

–No le voy a contestar, señor...

–Buen día...

–...

–Buen día...

–¿Quiere que llame a la policía?

–Sí, llámela.

–...

–Pero para que venga a llevárselo a usted. De paso pídale que aparte del patrullero traigan una ambulancia.

Y me fui. Sé que rematé débilmente pero así sucedieron las cosas con Mierdango, el autor de *Solo como un perro*, hermano, tango. Al final terminé entrando en una farmacia de la otra cuadra pidiendo *Anginetas*. Creo recordar que sin decir *Buenos Días*.

Sereno pero nervioso

Tulio F., 69, ferroviario jubilado, buscaba un trabajo que les permitiera comer, a él y a Sara, su mujer, también del 10 al 30 de cada mes. Si además era un trabajo de muchas horas por día y quedaba lejos de su casa, mejor, porque Tulio necesitaba descansar de Sara, que todo el tiempo le rezongaba y lo peleaba por algo. Gracias al contacto de un vecino con un primo lejano, militar retirado, el trabajo apareció: un puesto de sereno en un depósito de "ramos generales" en la calle Artigas, lunes a domingos de ocho de la noche a ocho de la mañana, pistola calibre 22 suministrada por el dueño del depósito. Sara puso el grito en el cielo cuando se enteró que su marido debía pasar doce horas diarias fuera del hogar en un trabajo tan peligroso, pero su grito bajó del cielo cuando escuchó la cifra que ganaría por semana: casi el doble de lo que cobraba por mes de jubilación. "Nos alcanzaría para comprar los remedios que nos hacen falta", reflexionó, con ilusión. "¡Y nos sobraría para ahorrar!", contestó Tulio, emocionado ante el milagro. Y ella: "No es para ponerse tan contentos, una noche te asaltan, te matan, y yo voy a tener que comprarte el cajón con los ahorros, decile que le hacés el trabajo pero sin revólver." "El es milico, Sara, el revólver me lo da como una formalidad, para él es una cosa natural." "Pero para vos no, si nunca agarraste un arma." "Todos los serenos tienen que tener una guardada." "Las armas son para gente más joven, con más reflejos, vos ya no tenés edad para usarlas." "No la voy a usar nunca, es un barrio muy tranquilo ése." "¿Qué barrio queda tranquilo en Buenos Aires, Tulio?" "¡Bueno, entonces le digo que no y listo, a la mierda!" "¿Qué decís?, ¡cómo vamos a despreciar semejante trabajo, después de tanto rezarle a Dios pidiéndole uno!"

Tulio llegó a su primera noche de trabajo con el termo y el mate, una revista de palabras cruzadas, un mazo de naipes, cien gramos de cantimpalo y dos panes. Se sentía de vacaciones por primera vez en su vida. El depósito era un lugar oscuro y húmedo por donde siempre corría un viento frío. Con el sereno del otro turno cambiaron unas pocas palabras, entre ellas que al único que se lo dejaría pasar era a un tal señor Vanoni, si venía; luego hicieron un rápido recuento de la cantidad de embalajes.

Apenas se fue el otro, Tulio decidió prepararse un buen sandwich. Estaba muerto de hambre pero le había dicho a Sara que prefería no cenar, entusiasmado por darse el lujo de hacerlo solo. Pensó en lo que cobraría a la semana siguiente por un trabajo tan fácil y se puso a silbar, una costumbre que no practicaba desde su juventud. Todo junto quería hacer: las palabras cruzadas, un solitario, comer, silbar, llamar a cualquiera por teléfono, ver cómo era la cuadra. Andaba por la mitad del sandwich cuando le vino a la mente la idea de que pudiera pasarle algo a Sara, y su alegría se esfumó. Perdió las ganas de seguir comiendo, sintió pena por ella, la extrañó. Luego se enojó con él por todo eso que sentía. Un ruido lo sobresaltó. Fue a agarrar el arma y un escalofrío lo hizo arrepentirse, tendría que haber reconocido ante su compañero que no sabía usarla y pedirle instrucciones. Tulio prefirió quedarse quieto y hacer silencio, a lo mejor fue alguien que pasó por la vereda. El ruido volvió, parecía venir de adentro. Tulio se animó y largó un grito: "¿Quién anda ahí?" Silencio. ¿Y si la pistola no estaba cargada, cómo se revisarían esas cajas contenían mercadería robada o traída de contrabando? ¿Y si venía alguien que lo confundía con el militar retirado, y lo liquidaba a él? Escuchó voces. Se asomó y vio a dos hombres enfrente, parecían vecinos pero conversaban mirando hacia el depósito. Tulio los saludó, para sacudirse el miedo, y los hombres se metieron en su casa sin contestarle. Volvió a pensar en lo que cobraría a la semana siguiente y ya no le causó el mismo efecto que antes. A las dos de la madrugada le vinieron ganas de volver a su casa a la vez que detestó la idea de hacerlo. ¡Cuánto hacía que soñaba con estar solo! Intentó hacer palabras cruzadas y no pudo concentrarse. Se puso a hacer un solitario y, como no le salió, arrojó las cartas contra un mostrador. A eso de las tres menos cuarto escuchó detenerse un auto, voces que discutían y golpes contra su portón, a pasos de donde él estaba. Tulio apagó la luz y tomó el arma sin pensarlo. "¿Quién anda ahí?!" "Abriendo, vamos, soy Linares." "¡Repítame su nombre, por favor!" "Dale, Perico, estoy apurado." "Aquí no

hay ningún Perico.” Tulio escuchó que los tipos hablaban en voz baja. Temblaba, y le traspiraba tanto la mano que no podía sostener la pistola. “Pe... Perico ya se... se retiró” –murmuró Tulio, con la esperanza de que el otro sereno se llamara así. Y agregó: “Yo ten... tengo orden de abrirle a Va... a Vanoni solamente.” “¡Abrí, pelotudo, no ves que soy Vanoni!” Tulio tenía tanta necesidad de tranquilizarse que le creyó de golpe, pero enseguida desconfió; el tipo se había identificado como Linares, lo de Vanoni se lo había servido él. Tulio retrocedió unos pasos muerto de miedo, tratando de no hacer ningún ruido, ahora sosteniendo la pistola con ambas manos. Tropezó con el termo y, al caer, se le escapó un tiro. El proyectil fue a parar a su cintura. Al oír el disparo, los tipos corrieron al auto y salieron casi volando. Ruidos y voces de vecinos, enseguida la sirena de un patrullero. Tulio quería gritar pidiendo auxilio y no podía, impedido por el dolor que le quemaba cada vez más. Alguien debió socorrerlo, porque cuando recuperó su conocimiento estaba en la camilla de un hospital, vendado, dolorido y lleno de sondas. Alcanzó a ver a Ismael, su vecino, el que le había hecho el contacto con el militar retirado, y a Sara, que hablaba con un médico. Volvió a quedarse dormido.

No fue ese día sino al siguiente cuando Tulio descubrió que había sido necesario amputarle ambas piernas para salvar su vida. La historia sucedió hace tres años y me la relató un amigo de un hijo de Ismael, el vecino. Sara murió de un derrame cerebral hace poco más de un año. Tulio fue a dar con su silla de ruedas a la casa de una hermana en Morón, donde todavía vive.

Un empleo XXX

Los que se ponen a trabajar solos con materiales que extraen de su imaginación suelen aislarse a puertas y ventanas cerradas, confiados de que así les será más fácil encontrar la llave de paso interna que necesitan para empezar a producir. Los problemas surgen cuando advierten que lo que necesitan empezar a producir son llaves de paso internas. En cambio, hay otros que trabajan a puertas abiertas, y viven esperando visitas que les dejen una propina a su soledad de exhibición condicionada.

Es el caso de Héctor J., 23, acomodador en un cine porno del microcentro, salas 1 y 2. La 1 exhibe películas “del más descarnado erotismo”, y la 2 películas “de alto contenido gay”. El programa se modifica semanalmente pero, como dice Héctor, “una vez que ves una ya las viste a todas”. Mantuvimos una charla de unos 20 minutos, interrumpida 5 o 6 veces por el ingreso de espectadores a los que Héctor debía cortarles el talón de su entrada y luego acompañar a la sala con su linterna. Lo que no se interrumpió en ningún momento fue la rutina de jadeos y gemidos que musicalizaron nuestra conversación:

–Tengo tres sueños –confiesa Héctor–: manejar un taxi propio, estudiar peluquería y conocer la Argentina.

–¿Y se cumplen o no?

–Se van cumpliendo. De peluquero me recibo a fin de año, fin de semana por medio manejo el taxi de un amigo de un tío, para ir conociendo las calles, tranquilo, de a poco, y de la Argentina ya conozco 4 provincias casi enteras: Buenos Aires, La Pampa, Jujuy y Salta, así que...

–¿Trabajar acá no era un sueño para vos?

–No, qué va a ser... Si yo te tengo que decir la verdad te digo que a mí trabajar acá me da un poco de asco, mejor dicho de aburrimiento, no digo que yo sea un genio pero me parece que soy una persona que está para algo más que esto, acá se saca bastante buena plata, no te vayas a creer, pero es como estar preso 14 horas por día...

–¿Cuánto es “buena plata”?

–Tengo un sueldo de 250 pesos mensuales más las propinas, ahí es donde se hace una buena diferencia... No te voy a decir cuánto pero es bastante... Lo que pasa es que hay que estar metido acá adentro todo el día, viendo entrar y salir pajeros, ojo que lo de pajeros te lo digo en el buen sentido de la palabra, ¿eh?, no tengo nada contra ellos, al contrario, si no fuera por los pajeros yo no tendría juntada la guita que tengo juntada para ponerme un día mi peluquería...

Observé que había un montón de papeles escritos a mano sobre una mesita, junto al walkman, el termo y el mate. “Son poemas que escribo para mi novia –explicó Héctor– Después, a la noche, se los leo. Ella los colecciona a todos.”

–¿Tu cuarto sueño sería ser poeta?

–Eh no, tanto no, los escribo para matar el tiempo y para que le gusten a ella nomás, aunque para ella ya soy poeta...

–¿Cuál me regalarías para el libro?

–¡¿...?!

–Dale, elegí uno...

–¡¿En serio...?!

–El que vos prefieras...

–Como preferir prefiero todos, porque a todos los escribo para ella... A ver, dejame buscar, che qué bueno, se va a morir aquélla cuando le diga... Tomá, este es bueno... No, esperá, mejor te doy uno que tenga el nombre de ella, ¿dónde estaba aquel que?... Acá está, a ver, fijate si te gusta éste:

–Vos estás todo el tiempo adentro mío

En este lugar mortal de sexo explícito

Reina eres, lo sabes, de mis horas gastadas en vano

Oh si supieras qué largo es mi día en este encierro

Nunca hay un reloj que adelante sus horas

Isla desierta, allí vos y yo sin nadie más, soñemos

Con la miel de la libertad, vida mía

Amor de mi desesperación eterna.

Vocaciones de servicio

Mis psicoanalistas siempre me critican la relación que tengo con el trabajo. Me critican porque no puedo parar de trabajar cuando estoy haciendo algo que me gusta, y hablan de la expresión de mi sacrificio; me critican porque no puedo ni empezar a trabajar en algo que no me gusta, y hablan del sacrificio de mi expresión; me critican cuando decido aceptar un trabajo que ni me gusta ni me disgusta, y hablan de mi falta de expresión y de sacrificio; me critican porque no sé ganar dinero por lo que hago. Luego me dicen “Es la hora” y me preguntan cuándo me pondré al día con los meses que debo. A mí se me revienta el chaleco de fuerza de los nervios. Hasta que me levanto, furioso y diciendo como para mí, antes del portazo:

–Yo por lo menos sé ir a patear en busca de mi vocación, no como otros...

–¿Adónde va, enfermo? –me gritan desde lo alto de la escalera—. ¿Cuántas veces hemos hablado que la vocación no es

algo que se pueda salir a buscar sino algo que, si existe de verdad en usted, ya lo llamará?

–¡Yo sé dónde encontrarla aunque no me llame!

–Usted puede juntar mucha voluntad, o mucho esfuerzo, o hasta muchas ganas de hacer tal o cual cosa, decir “esto me conviene” o “no pararé hasta conseguir esto otro”, pero eso no le da garantía de placer, mucho menos es indicio de vocación alguna. Faltaría un poco de religiosidad...

–¡¿Para ustedes vocación es que me haga cura?! –les grito, casi llegando a la esquina.

–¿Hacerse cura, dijo? ¡Ojalá su vocación fuera la de curarse! Lo vemos lejos de eso todavía...

Dios tiene cañerías

Amílcar N., 47, es pastor pentecostal y gasista a domicilio. Religiosidad no le falta, por lo menos en el primero de sus trabajos. Pero él confiesa hacer los dos por vocación, “salvando las sagradas distancias que hay entre uno y otro, ¿verdad?”. Lo cierto es que ambas ocupaciones, la de la Biblia y la del calefón, despertaron simultáneamente en la vida de Amílcar:

–Cuando éramos chicos explotó una garrafa en mi casa y murieron dos hermanos míos. Primero creímos que había sido una tragedia, después comprendimos que no, que el Señor nos quería poner a prueba en nuestra templanza y amor hacia El, y estaba en nosotros demostrarle que teníamos todo eso (...) Entonces me dije que yo haría lo imposible para que esos accidentes no pasaran más, y años después aprendí el oficio de gasista, y empecé a trabajar en las casas, primero puse avisitos en los negocios, después por recomendaciones, y así me fui haciendo la clientela, a todo esto yo ya leía la Biblia, mi única lectura era, y es, la Biblia, ahí están gloriosamente todos los diarios y los libros y las revistas que deben leerse, así que mientras iba de un cliente a otro, viajes muy largos las más de las veces, en colectivo, en tren, yo leía mi Biblia, y cuando llegaba a las casas siempre tenía algo de la Biblia para comentar con el señor o la señora del hogar, y así empecé mis misiones evangelizadoras, que con el tiempo fueron haciéndose campañas evangélicas, porque más crecía mi fe más crecían los fieles que me seguían, siempre

más con fe y sin dejar de hacer correctamente mi trabajo, que soy muy buen gasista, puede preguntarle a cualquiera de los que van al templo (...) Lo que más me gusta de mis trabajos es que ninguno de los dos es un trabajo, uno es una misión y el otro es una profesión, y los dos me hacen necesitar de la gente, de mucha gente, en esas maneras yo puedo ver a Jesús en todos ellos, porque Jesús vive en cada uno de nosotros, y cuando yo les hablo a ellos, o les atiendo problemas de sentimientos, o les hago algún arreglo, alguna instalación, alguna cosita, yo estoy atendiendo también el alma de mis hermanitos, yo sé por la Biblia que mi vida está consagrada a mis dos hermanitos que fallecieron cuando explotó aquella garrafa, que en gloria del Señor estén...

Dar en los blancos

A veces, en casos de vida o muerte, la vocación llama desde la pantalla de la tele. Apenas escuchó "Joven argentino, si tienes 18 años cumplidos..." aquella noche en la casa de su madrina, Elvio U., 39, terminó de decidir cuál sería su futuro: lo dedicaría a servir a la sociedad trabajando como policía. Quizás su vocación había comenzado a llamarlo desde niño, cuando jugaba a su juego preferido, Vigilantes y Ladrones, siempre haciendo él de vigilante y todos sus amigos de ladrones, el que se oponía la ligaba. Hoy Elvio es sargento en una repartición de la Policía Federal, lleva varias medallas ganadas, y se siente cada día más dispuesto a dar la vida por su profesión. Está casado con Teresa desde hace 17 años y tiene cuatro hijos varones con ella. La familia vive en un departamento de dos ambientes en Villa Lugano, en medio de una constante carencia de dinero, de afecto y de paz. Todo lo supe por Virginia, una hermana de Teresa que vive en el Chaco, y que se vino a Buenos Aires a una pensión al otro día de recibir una carta de su hermana que la llenó de preocupación y de angustia. Teresa y Virginia estuvieron distanciadas durante 10 años por el mismo motivo que ahora, a través de una carta, las unió nuevamente: Elvio. Agradezco a Virginia por haberme permitido leer la voluminosa carta que le enviara Teresa un mes atrás y reproducir aquí una parte de ella:

— "...si te digo dónde te estoy escribiendo esta carta no me

lo vas a creer, estoy en el baño del almacén de la señora de enfrente porque al final ella es para confiar la única, nadie más, doña Asunción se llama. Es con gran dolor que te lo digo hermana pero ni en mi esposo ni en mis hijos puedo confiar un cachito así. Ellos son tan salvajes que me hacen imposible vivir pero resulta que yo soy la mala y la boluda y más vale que no puedo tener ninguna autoridad, ya sé todo lo que me vas a decir pero no me lo digas si yo también lo sé, me vas a decir que Elvio siempre fue un salvaje y un loco pero cuando una está enamorada esas palabras son como puñales y debe ser cierto la verdad que el amor es lo más ciego que hay sobre la tierra (...) Venía de trabajar y se ponía a jugar con la pistola sobre mí para hacerme poner nerviosa porque sabía que no me gustan esos juegos de peligro, aunque no tendría motivos me lo hacía igual el juego, me clavaba la pistola en la cabeza o en la frente, en el cuello otras veces, en cualquier lado la verdad, y me hacía chistes como por ejemplo a ver si era cierto que su mujercita era valiente o era cagona, al final terminaba siempre enojándose de porque yo me enojaba y entraba a gritarme y a decirme que estaba loca porque se me daba por pensar que la pistola estaba cargada, y tenía razón porque descargada estaba, pero me insultaba y me decía de todo menos linda y de ahí a las manos. Querida hermana, si te tengo que ser sincera yo le terminaba pidiendo perdón todas las noches y él me perdonaba recién al otro día y más también (...) Los chicos ya están igual que él y criados a como es él, el mayor que ya tiene los 16 y el más chico de 4 juegan como si nada con el revólver del padre porque él los enseñó a no tenerle miedo a las armas, lo mismo que me hacía a mí lo tuvo que hacer con los chicos cuando los apuntaba en chiste con la pistola descargada para que ellos se hicieran fuertes y no fueran maricones, después los chicos me lo empezaron a hacer a mí, claro hacían lo que le veían al padre, pero un día le pegué a Marquitos el más chico, ay Virginia me gustaría tanto que lo conocieras porque tiene las mismas salidas tuyas cuando eras chica, y Elvio me agarró cuando le estaba pegando y me entró a pegarme a mí, patadas y puñetazos que por poco me mata, es que yo pensé que me mataba porque lo que veía era que quería matarme con los ojos que se le salían, y salí corriendo y me metí en el almacén de doña Asunción y desde ese día él me prohibió

pisar acá, los chicos tampoco saben que te estoy escribiendo esta carta acá en el almacén, mis cuatro hijos se pusieron siempre de parte del padre y le cuentan todo lo que yo hago y lo que digo, todo todo, así que te darás una idea de cómo estoy viviendo, estoy viviendo tratando de que ninguno de ellos se de cuenta de que yo estoy cansada de vivir así, porque cuanto más se los demuestro peor se ponen (...) Pero anoche me dio una paliza tan grande y tan fea solamente porque les contesté mal por una pavana, pero yo jamás pensaría que mi propio hijo el mayor también me iba a pegar junto con él porque él se lo permitió, o le dio la orden mejor dicho, lo más triste es que yo les tengo miedo, me iría te juro, aunque sea me iría a vivir escondida en un monte pero me dolidría tanto el corazón de abandonarlos que antes me mataría, ay Virginia sería tan lindo que vinieras a visitarme y entonces nos perdonaríamos todo..."

Hello, Dolly

Al revés de Elvio, que prolonga su vocación de servicio en su hogar, Dolly B. (55, prostituta) la ejerce en su hogar durante 12 horas diarias, y allí se queda una vez que termina, extenuada, durmiendo de un tirón desde la medianoche hasta las 9 de la mañana en la misma cama que usó para trabajar, sólo que por las noches acompañada de José, su marido de toda la vida.

-¿El lo sabe, Dolly?

-Sí, por supuesto, cómo no lo va a saber. Todos los que viven en casa lo saben, nadie tiene manera de no saberlo, entran y salen hombres todo el tiempo. Se sabe, pero "de eso no se habla", como la película.

-¿Por qué?

-Porque se los prohibí terminantemente.

-¿Quiénes viven en tu casa?

-Mi marido y yo, mi hija Sandra, Miguel su marido, y las dos nenas de ellos, Elizabeth y Eliana, yo les digo nenas pero ya son muchachonas las dos, preciosas... (ríe) ¡Y mucho más juiciosas que la abuela!

-¿A la abuela siempre se le dio por el sexo a cobrar?

-No, siempre no, como trabajo empecé a hacerlo de grande, hará unos 15 años... A mí me gustó siempre coger, desde la

adolescencia, y con hombres distintos, locura por coger tenía, y tengo, yo pienso que coger es el gran invento de la naturaleza, aunque uno no esté caliente, no es fundamental para gozar eso, pero ver a la otra persona caliente, o erotizada, ya es extraordinario, para mí en el coger está toda la verdad, la verdad más pura... Entonces un día, conversando con una amiga nada que ver pero que me pedía siempre que le contara mis aventuras y me lo estimuló mucho a esto, me dije por qué no tomarlo seriamente lo de coger, o sea: como un trabajo para ganar dinero además de disfrutar, ¿cuántas personas en el mundo se pueden dar el lujo de trabajar en lo que les gusta?, yo era una mujer que iba por la calle y a los tipos se les paraba de mirarme nomás, han chocado autos por mirarme el culo o las piernas, hoy no tanto pero igual, nadie me da más de 45, 46 años, y eso es por coger, tiene razón Libertad Leblanc cuando aconseja coger lo más seguido que se pueda para estar siempre joven...

-¿Y una vez que tomaste la decisión...?

-Una vez que... no, la verdad es que al principio como una pavota se lo oculté a mi familia, no les decía que me iba todas las tardes a estudiar corte y confección pero tampoco les decía adónde iba...

-¿Y adónde ibas a coger?

-Primero a la casa de esta amiga que te conté, que era modista, yo usaba una piecita del fondo y le daba un porcentaje pequeño pero que a ella le venía de primera, pero después se enteró la dueña de la casa y le hizo problemas, así que yo seguí atendiendo en domicilios, o en hoteles alojamientos cuando eran hombres que tenían familia... Hasta que una tarde, cuando volvía para casa, un vecino del barrio, un viudo muy amable y bromista que vivía a la vuelta con una hermana, un hombre de toda la vida chiste va y chiste viene pero que de ahí no pasábamos, me pidió de coger... Y con él estrené mi casa como lugar de trabajo, mi marido no volvía hasta la noche y mi hija con su familia estaban en San Pedro en la casa de sus suegros, así que ahí cogimos con el viudito, y de ahí ya no me moví más, ¿sabés qué pasa?, conocí esa comodidad de trabajar en la propia casa, yo soy muy casera, me gustan las plantitas, ordenar la ropa, preparar comidas... Pasó un tiempito y me decidí a hablarles de frente...

-¿Para pedirles permiso?
 -Ni permiso ni perdón, para ese entonces ya gozaban todos, y bien que gozan, de los beneficios económicos que les traía mi trabajo, todos lo sabían, así que yo tenía con qué fundamentarme. Solamente avisé, eso era mi deber hacerlo. Sobre todo porque el movimiento de la casa iba a tener sus cambios, mis nietas eran pequeñitas en ese momento y la casa todavía no estaba ampliada, era la mitad de lo que es ahora, y bueno, les expliqué a José, mi marido, y a mi hija y a mi yerno, que en realidad no tenía que explicar demasiado porque todos sabían perfectamente que yo cogía con Dios y María Santísima en otros lados desde hacía tiempo, pero esa noche fue la vez que pusimos las cartas sobre la mesa... Fue una charla más larga de lo que yo hubiera querido pero al final entendieron...

-¿Qué dijo tu marido?
 -Primero se hizo el enojado, que es lo que ha hecho toda la vida. Y al final decidió que en vez de volver a las 5 o 6 de la tarde todos los días, él es plomero a domicilio, volvería a las 11 o 12 de la noche, cuando yo hubiera terminado, y trabajaría también los fines de semana...

-Algo así como "Si no lo veo no existe" ...

-No tanto eso, fue más por orgullo...

-¿...?

-Para mostrar que él también podía hacer entrar más plata en la casa trabajando más, así es de competitivo...

-Hay algo que no me cierra, Dolly: ¿la misma noche en que les contaste que habías decidido trabajar en tu casa les planteaste no hablar más del asunto?

-Nooo, eso sucedió el año pasado, la noche de mi cumpleaños...

-¿A raíz de qué vino el planteo?

-A raíz de que mi hija le contó al padre que había un cliente que venía todos los días y era el que más tiempo se quedaba de todos...

-Y a José le dieron celos...

-¡Pero no los admitió ni los demostró, como haría cualquier persona civilizada! Se hizo el enfermo y se le dio por la agresión y por criticarme por lo que yo hacía, y mi hija atrás de él, llorando y diciéndome barbaridades, hasta que me cansé y...

-Y estrenaron "De eso no se habla".

-Ahí está, estrenamos ésa...

-¿Tienen sexo con José?

-Teníamos...

-¿Desde cuándo no tienen?

-Desde la noche de mi cumpleaños del año pasado...

El crimen más difícil

Se tienen que dar determinadas condiciones para que uno pueda llevar a cabo felizmente su cometido cuando decide matar a alguien sin ser visto: desde contar con una o más patologías psíquicas y cierta presencia de ánimo, hasta ocuparse de detalles que muchas veces, por obvios, corren el riesgo de ser omitidos, como bajar una persiana o cerrar una puerta. Lo cierto es que, más allá de que luego se salve de la cárcel o deba hundir el resto de su vida en ella, cualquiera puede resolver matar a alguien y ejecutar el hecho en un trámite rápido. Pero lo quiero ver cuando lo que ha resuelto no es matar a alguien sino a algo... Eso sí, no quisiera verlo cuando ese algo sea el Aburrimiento, lo más difícil de matar.

Cuando el algo que se quiere matar es un mal amor, por ejemplo, o un odio ácido o un recuerdo triste, uno puede distraerse poniéndose las trampas que mejor le vengan de sisa y hasta llegar a pasar con esas pilchas toda la vida. Como toda la vida puede durarnos, de tan largo que se nos hace, un solo minuto que pasemos tratando de matar nuestro aburrimiento.

Hace unos días entré a tomar un café con leche con medianas a una confitería de Corrientes y Callao. Busqué una mesa al lado de la ventana para tratar de matar mi aburrimiento observando la película de los que iban y venían por la calle. La encontré pero no la usé, había una película más divertida en la mesa de al lado:

-Me aburro, abuela, ¿qué hago? -preguntaba una nena de unos 4 o 5 años, mientras pateaba el piso, la mesa, la silla y la pierna izquierda de su abuela. Su abuela, una elegante mujer que hubiera podido pasar por la mamá cuarentona de la nena, leía con mucha concentración un libro en el que hacía marcas con un resaltador.

- ¡Me aburro, abuela!... ¡Cheee, me aburrooo!
- Terminá la torta que me hiciste pedir -contestó la abuela sin quitar la vista del libro.
- ¡No quiero estar acá!...
- ¿Me dejás de pegar en la pierna?
- Vámonos, dale, no seas mala...
- Tenemos que hacer tiempo hasta las seis que nos pasa a buscar tu madre por acá, sentate en tu silla, vámonos...
- Vamos a buscarla nosotras a mamá...
- Sshhh, basta...
- Me aburro, no sé qué hacer, dale, abuela, vámonos...
- ¡¿Me dejás leer tranquila, Paula, por el amor de Dios?!
- Me aburro, no quiero que leas...
- Comé esa torta...
- Está fea, no quiero...
- Me la hiciste pedir, ahora la comés... ¡Soltame la pollera, abrochate ese botón, sentate en tu silla!
- ¡Ay me hacés doler, mala!
- Vos sos la mala, mirá cómo te estás portando...
- ¡Soltaaame!
- ¡Te quedás sentada ahí, ¿oíste?!
- ¡Vieja chota, puta, pelotuda...!

La abuela fulminó primero con la mirada, luego con una cachetada rápida en la boca. Y Paulita finalmente pudo matar su aburrimiento. Dos veces lo mató: a pura emoción, llorando a los gritos, y a pura premeditación, volcando la botella de gaseosa sobre el libro de su abuela. Hubo segunda cachetada.

Que la viejita no lo lea

¿Qué será más deprimente: aburrirse en un trabajo que uno ha elegido o aburrirse en uno que le han impuesto? ¿Y qué será más peligroso: aburrirse en el trabajo por sentirse demasiado solo o por sentirse demasiado mal acompañado?

Guillermina T., 63, dama de compañía, quisiera estar sola mientras trabaja y no puede, para eso su profesión se llama como se llama. Esto alcancé a leer en su diario íntimo, al que tuve acceso involuntario:

-“Martes 17: Hoy también la hubiera matado. Es una vieja

gusana y se hace la simpática hablándome todo el tiempo de los nietos que están en Francia, que uno ya camina, que otro ya va al colegio, que la mayor ya lo terminó, y me imagino que deben ser todos unos asquerosos como ella, vieja repugnante que se hace la simpática y es una asquerosa como el médico, que hoy me trató como si yo tuviera la culpa de que la presión no le baje nunca a esa vieja chota... Se me sigue partiendo la cabeza de dolor, empieza por la frente, entre los ojos, y después se desparra- ma por los costados y se va hasta la nuca, me parece que esas pastillas me hacen peor, y con este dolor tengo que andar haciéndome la simpática las 24 horas del día por un sueldo que la verdad yo no sé para qué lo gano si no tengo tiempo para gastarlo ni con quién tampoco, pero lo peor es ella, que no me deja respirar un segundo. Dios, te pido que te acuerdes de llevarme mientras duermo. Miércoles 18: Hoy la hubiera matado. Estábamos mirando la novela de las 5 y se desmayó...”

No siga a ese taxi

Rodolfo G., 57, taxista, tenía el semblante orgulloso y las mandíbulas duras cuando me explicaba por qué vivía solo:

-Porque este trabajo es muy aburridor, es muy cansador tener que estar viendo gente todo el tiempo, viendo al pasajero que llevamos, o a los que a lo mejor suben, a los colectiveros para que no se nos tiren encima, y después tener que escuchar las porquerías que hablan los pasajeros porque acá adentro se habla de todo, usted vio cómo está la gente, el que no es delincuente se volvió loco, yo me aburro tremendamente con el taxi, también, llevo 36 años acá arriba, no veo la hora de llegar a mi casa que ahí no tengo quien me moleste (...) Y, me doy un baño, tranquilito, a mí me gusta quedarme mis buenos 10 minutos abajo de la ducha, comprarme algo para comer en la pizzería de enfrente, ver tele si se me canta, o escuchar radio, si se me canta escuchar radio, nadie me jode y yo no jodo a nadie, yo sé lo que es vivir con alguien, señor, yo viví 22 años con una mujer que me hizo la vida im-po-si-ble desde el primer día, yo me levantaba a la madrugada y lo que quería era volar de mi casa hasta la noche, y eso ya está, ya sé cómo es esa tortura... Una vez sí, pero dos seguro que no me la hacen.”

Cinco por una

María Elena C., 43, empleada administrativa en una repartición pública, tiene 19 años de antigüedad allí adentro y se ha prometido cumplir fuera de allí sus 50 de vida. "El hecho de estar metida acá sin hacer nada, al principio me divertía, pero ahora me resulta demoledor", dice María Elena. Ella se siente sepultada en su trabajo diez horas todos los días de lunes a viernes, allí todo la aburre. Hasta se aburre de tener que odiar a diario a sus cuatro compañeros de oficina, por más que los cuatro se dejen:

-Primero que somos tres para compartir un escritorio que parece una mesita de luz: está Selva, que es una que entró conmigo y nunca nos tragamos, las dos lo sabemos pero nos tratamos como si fuéramos amigas del alma, si ella es falsa yo soy falsa y media. Y está Ema, que es la pobre boluda que tiene que trabajar por todas pero bueno, a ella le gusta, o lo hace aunque no le guste, como ella tiene problemas en la casa necesita ocupar la mente en cosas que la saquen. Después enfrente está Haydeé, que vendría a ser la jefa, digo "vendría a ser" porque de jefa tiene lo que tengo yo de subalterna de ella, además es una mujer muy resentida, quiere hacerse la pendeja y no asume que le vino la menopausia hace 10 años. Y Francisco, que es el único varón, el típico hombre desubicado que nos habla todo el tiempo de boxeo, de fútbol, de carreras de autos y de ahí no lo sacás, cuando lo querés hacer hablar en serio de cualquier tema, el aborto, la pena de muerte, la guerra del Golfo, cualquiera, él empieza bien y termina diciéndonos groserías de la nada, "A vos te hacen falta dos marineros: uno de atrás y otro de adelante", eso lo dice siempre por ejemplo...

Mis psicoanalistas dicen que el que no hace nada o está solo, se aburre; el que hace siempre una misma cosa, se hastía; y el que hace lo que le repugna, se fastidia.

Un serrano andaluz decía que contra el aburrimento, contra onzas de oro; contra el hastío, mudar de novia cada semana; y contra el fastidio, no tener suegra.

El doctor K. (que no es el de los callos de los pies sino el filósofo Krishnamurti, el de los callos del alma) dice que cuando

uno ve lo que es, no hay aburrimento. Que el aburrimento surge sólo cuando uno rechaza lo que ve y desea ser otra cosa.

-¿Pero cómo hago para vivir mi vida, doctor K.?

-Para vivir su vida, usted debe saber qué es su vida, y para descubrir qué es su vida, usted tiene que examinarla.

-No puedo hacerlo. Ignoro dónde está ella y qué hace, carezco de información acerca de los hechos de mi vida...

-Su ignorancia no lo es por carecer de información sobre los hechos de su vida; su ignorancia reside en la falta de atención al total proceso de usted mismo.

-Lo que ocurre, doctor K., es que yo al proceso de mí mismo lo veo más parcial que total, me resisto a ver esto de otra manera, no sé si le son claras mis palabras...

-Uno se resiste a algo sólo cuando no sabe cómo enfrentarlo. En cuanto a sus palabras, como las de todos, considérelas pantallas del miedo.

Conozco un pedicuro que hace doler menos.

Vale por un gato

Omar J., 33, mozo de un bar de 6 mesas en avenida Sáenz al 1200, conoce el aburrimento de tener que estar allí diez horas por día para trabajar la quinta parte. Las ocho horas restantes son usadas por Omar para fantasear con que está en otro lado:

-En el hipódromo, cogiendo con una mulata en una isla del Caribe, viendo el Mundial en los Estados Unidos, tengo tiempo de sobra para fantasear con lo que venga, pero no te creas que es fácil, mi patrón era buen tipo pero ahora es un hijo de puta sin abuela, me desconfía cuando manejo la caja, me hace limpiar lo que ya limpié con tal de no verme sentado mirando por la ventana (...) Y yo lo limpio sí, qué carajo voy a hacer, o me hago el que lo limpio y se va a la mierda, el viejo queda tranquilo, sabés qué pasa, le mataron un hijo hace dos años pero el tipo parece como que no lo quisiera reconocer, el hijo andaba en la pesada de la droga y el viejo no quiere saber nada con hablar de eso, y anda como que se va a largar a llorar en cualquier momento, ¿me entendés?, pero es insoportable, chillar, chilla todo el día por cualquier cosa, te juro que hay veces

que lo dormiría de un palo en la cabeza (...) Eh no, lo digo por decir... Pero al gato sí se lo maté, el gato no se salvó, y mirá que yo soy un tipo que le gustan los animalitos eh, pero si no lo mataba a ese gato lo tenía que matar al viejo, algo tenía que estrujar, el otro sábado fue (...) No, no es que era "su" gato, era uno de los tantos gatos que vienen siempre al tacho de basura, pero el viejo les tenía cariño, le gustaba dejarlos morfar (...) El motivo fue una discusión como las que tenemos todos los días pero ese día fue peor porque era sábado, y yo los sábados a la una me voy, a más tardar a las dos, y el otro sábado el viejo me pidió que me quedara hasta la noche y cerrara yo porque él andaba jodido de una hernia de disco, yo tenía el cumpleaños de una ahijadita, una hija de un primo hermano que está muy enferma de los riñoncitos, y le dije que no al viejo, me puse firme, y él me cojoneó, me amenazó con echarme, cualquier cosa me decía, y yo a él, al final se quedó duro contra el mostrador, sin poder moverse del dolor, un alarido era, ya ni hablaba, y terminó llevándolo a la casa el diariero de la esquina en su camioneta (...) Y lo del gato fue accidental, se podría decir... Pisé a uno sin querer y el tipo pegó un maullido que me hizo asustar, le tiré una botella con rabia, pero por tirársela, pero se la tiré demasiado bien...

Una gracia para Grecia

NN es actor y pidió ser identificado así por dos razones: porque trabaja bastante poco y puede pasar tranquilamente por "actor anónimo", y porque le pareció una estupidez darme un nombre falso, otro más encima del que ya eligió para trabajar en lo suyo. ¿Cuál es tu drama o tu comedia, NN?

-Que me gustaría que me guste la comedia, pero me gusta el drama, igual te imaginás que cacho lo que viene... Pero yo, por lo que sufro... mi sufrimiento verdadero es que a mí mi profesión me apasiona, no la cambiaría por ninguna otra, y sin embargo me aburro cuando trabajo (...) Hago bolos, papelitos en tiras generalmente, telenovelas, y es capaz que tengo que comerme 15 horas en un estudio de grabación, en Martínez por ejemplo, ¿la ves?, para grabar una escenita de medio minuto en la que entro y digo "Acaba de llamar la señora Marisa y dice

que sale para acá", a mí lo que me copa de actuar es la del artista, usar un poco de imaginación, de creatividad, si no qué sentido tiene (...) ¡Nooo, no tenés una idea de lo plomíferas que son esas amansadoras, lo mediocres, como en cualquier oficina pero disfrazados y bostezando, mirándonos unos a otros, me aburro menos cuando estoy en mi casa sin laburo y comiéndome los dedos esperando que suene el teléfono para ofrecerme algo, me lleno de angustia pero por lo menos estoy más entretenido que en Martínez, donde tengo que pasar días enteros mirándole los bigotes a Jeanette Rodríguez o bancándome la pelotudez de la virgencita de cera (...) Es uno de los apodos que le pusimos a Grecia Colmenares, te calienta más Tania que ella, ¿o no?... El otro día estábamos boludeando con uno de los cámaras y otro colega, aburridos como hongos, cagados de sueño, y les aposté una botella de champán a que pasaría por al lado de Grecia y me rajaría un pedo, y después le pediría "Perdón señora, pero no me siento bien de los intestinos" (...) Sí que la gané. Ahora espero que paguen la botella que deben, aunque vamos a tener que tomarla en otro lado porque yo no aparecí más por ahí, mi personaje murió ese mismo día...

¿Tener que trabajar y no querer será la contracara de querer trabajar y no poder? ¿Qué tiene a favor la hora extra que no lo tenga la hora del almuerzo? ¿Cómo especificar el monto que uno merecería ganar por trabajar lo que trabaja? El trabajo es ad honorem cuando nuestros deudores no nos entregan dinero por él, y es remunerativo cuando recibimos de nuestros deudores dinero para entregar a nuestros acreedores... Dice el doctor K. que no es lo mismo interesarse en un trabajo por lo que se obtiene de él (dinero, poder, prestigio, etc) que por hacerlo simplemente. Parece que es posible ser feliz y trabajar, y mucho más saludable, incluso, que buscar un trabajo que nos proporcione felicidad. Pero basta, ya son demasiadas pistas para un manual de antiayuda.

TERCERA PARTE

EN NOMBRE DEL AMOR

TERCERA PARTE

EN NOMBRE DEL AMOR

Yo ardo, tú ardes, todo arde...

Digámoslo así: la primavera siempre se casa de apuro con el verano. El pimpollo anda en la suya, tranquilito, siguiéndole el ritmo a su naturaleza y a las estrellas, cuando un buen día (que a lo mejor se hace malo con los años) irrumpe el verano con sus ofertas de adelanto de temporada y le inyecta, sin preguntarle, una sobredosis de hormonas que lo hace explotar. El pimpollo, flor de joda ya, se abre a la gloria de vivir en llamas, hace arder Troya, se deja arder él, y cae de rodillas para recibir el sacramento del amor eterno de parte de uno de sus personeros temporarios: el deslumbramiento. Por él canta, baila, ríe, pierde y recarga sangre todo el tiempo, goza hasta el orgasmo y más allá también, aprende a manejar y a dejarse manejar con el corazón fuera de borda, accede al placer de sufrir por sufrir; no se siente la flor más dichosa del jardín, se siente el jardín entero... ¿Y si lo fuera?

¡Ah, el primer amor eterno! ¿Cuánto nos duró y cómo se originó? Origen quiere decir dar el primer impulso, ¿pero qué querrá decir dar el primer impulso cuando de amor eterno se trata?

Según mis psicoanalistas quiere decir dos cosas: o postularse como esclavo, o postularse como amo. Parece que ésas son las únicas dos vocaciones capaces de durarles eternamente a los

humanos. "Y a nosotros también" –aseguran mis psicoanalistas.

–¿Pero qué puede esperarse de un origen así, licenciados?

–Dos parejas posibles: un Quiero ser tuyo con un Quiero que seas mío, o un Quiero ser tuya con un Quiero que seas mía. Y dos peligros: que la pareja dure sólo una noche y los deje marcados para siempre, o que la pareja dure toda la vida y ellos no se den por enterados jamás.

–¿Vivimos extraviados, entonces, cuando amamos?

–Vivimos extraviados dos veces, por arriba y por abajo: en el delirio, cuando el que se extravía es nuestro cerebro, y en el frenesí, cuando el extraviado es nuestro corazón.

–¿Y lo de más abajo no es un tercer extravío, licenciados?

–No, lo de más abajo es un hallazgo. Los extravíos son los dos que le mencionamos.

–¿Por qué dos extravíos, si la vía del amor es una sola?

–Pero tiene dos rieles.

Gracias, licenciados. Ahora sí que hemos quedado todos doblemente descarrilados y sin poder salir de los orígenes. Podríamos aprovechar este desvío para mirarnos un poco, aunque sea de reojo o detrás de un vidrio polarizado, en aquellos que llamamos "los demás". Un grupo de hombres y mujeres que recordarán para nosotros cómo dieron el puntapié inicial cuando se largaron a jugar el partido del amor eterno.

Marcelo S., 46, martillero público, recuerda que la conoció en una fiesta de aniversario de un club y que lo primero que dijo cuando la vio fue:

–Yo voy preso por una mina así (...) Se lo dije al Pato, un amigo que estaba conmigo, pero lo dije bien fuerte para que lo escuchara ella (...) Lo escuchó, me miró, se cagó de risa, vino y me dijo, textual: Pero yo no soy una mina, yo soy una mujer. No importa –le dije ahí nomás– voy preso igual ... Y me echó una mirada, hermano, que me volvió loco, loco. El Pato dijo Uuuhh, porque vio la bomba que venía, nos conocemos de pibes y el Pato sabe de memoria qué minas me rompen el mate a mí, y así fue después todo el tiempo que vivimos juntos, la mina me miraba y yo era Dios, la mina se enojaba por algo conmigo y no me daba bola, y yo me quedaba de rodillas, hermano, de rodillas, te lo juro, hasta que me perdonara, hizo lo que quiso conmigo, al otro día de la noche en que nos conocimos ya me había

hecho de trapo (...) Estuvimos 13 años juntos, de ese número yeta no pasamos (...) Terminó como en tantos tangos, hermano, terminó conmigo preso 3 años y 7 meses por haberle pegado 2 balazos al tipo que se la cogía, un camionero de Zárate, y con ella yéndose quién sabe adónde mierda, nunca más supe de ella (...) Sí, ya todo eso es pasado y repisado, "ya fue", como dicen ahora los pendejos. Ahora vos me preguntás si estoy arrepentido de algo y yo te digo no, no estoy arrepentido de nada de lo que hice, de nada, pero de una sola cosa sí estoy arrepentido: de no haberlo matado a aquel camionero hijo de remil putas...

Noemí G., 47, ama de casa, recuerda que lo conoció en el velorio de la suegra de una hermana:

–Cuando lo vi entrar se me paró el corazón, me dejó de latir, quedé como suspendida, nunca más volví a sentir en el cuerpo algo así (...) No, cuando lo vi entrar no sabía quién era, pero enseguida me di cuenta de que debía ser el famoso Raulito, un primo que tenía mi cuñado en Rosario, del que todas las mujeres decían que era el candidato ideal (...) Y porque era soltero, buen mozo, y estaba bastante bien económicamente (...) Que era soltero fue lo único cierto, porque buen mozo no era, decirle buen mozo es decirle poco, era un sueño, y plata tenía mucha menos de la que se pensaba... igual yo lo vi como un príncipe (...) Azul, y amarillo, verde, rojo, un príncipe de todos los colores, yo tenía 18 ya, pero me hacía pis por él como una nena de 7, no me da vergüenza decirlo: él me hablaba y yo temblaba de la felicidad, me pishaba, no a chorros, unas gotitas nomás, pero se me escapaban por él apenas lo veía (...) No, ese día no pasó nada, fue a la tarde siguiente, cuando volvíamos del cementerio (...) Por querer servirle jugo de naranja en el vaso, hasta ese momento no habíamos estado tan cerca, él me dijo "No, gracias" poniéndome la mano sobre la mía y yo quedé sin fuerzas, me vino como un golpe de calor, de nervios, un mareo, y se me cayó la jarra... lamentablemente, esa vez se me cayó la jarra para siempre con él (...) Porque lo peor que puede hacer una mujer delante de un hombre es mostrarle que se mea, que se ciega y se enloquece por él, después los tipos por menos que eso no quieren seguir (...) Seguimos sí, llevamos 29 años de casados y 4 hijos...

Rolando I., 32, empresario textil, confiesa qué fue lo que

9



789509 265479

Lo que hay que agradecerle a Paredero en este libro es haber tenido la suficiente cordura para hacer parecer coherente a la banda de desesperados, chantas, incestuosos, represores, reprimidos, ricos-pobres y pobres-ricos que surgen de cada capítulo como un borbotón de locura porteña argentina en estado puro (...) Por lo tanto, acomódese en su butaca, relájese y prepárese a encontrar a su vecino, su pariente, su amigo, su enemigo y a usted mismo en alguno de estos locos sueltos que forman la abigarrada fauna de ésta y de todas las ciudades del mundo (...) Si Discepolín viviera, estoy seguro de que se le ocurrirían varios tangos para el recuerdo al leer de un solo saque, como yo lo leí, este pequeño tratado de la condición humana que tiene el primer mérito de la falta de pretensión y el gran acierto de ser entretenido y de fácil lectura (cosa nada despreciable en esta época de neuronas averiadas y no acostumbradas al oxígeno del libro).

ENRIQUE PINTI

HUGO PAREDERO (Carlos Tejedor, provincia de Buenos Aires, 21 de febrero de 1948), es crítico de espectáculos de la revista **Humor** desde 1979. Autor de una obra teatral, **Siemprediva**, y de dos libros, **Héctor Alterio** (Editorial Trilce) y **Zappingmanía** (Editorial Planeta), participó también en muchos programas radiales de gran audiencia. Condujo por radio Belgrano "Hacelo conmigo" y actualmente se lo escucha a diario en "Por amor al arte" (FM Palermo). Fue columnista de espectáculos en ATC y en ese mismo canal tuvo a su cargo "Nos estamos viendo". En 1989 obtuvo el Premio Argentores en el rubro Mejor Guión para Teleteatro Unitario, por "Sobrevivir con humor", y poco después participó como guionista y actor en "Hagamos el humor", con Gabriela Acher. A esa multitud de actividades habrá que sumar los cursos en torno al cine que dicta regularmente en distintas instituciones y en clases particulares, por donde han desfilado decenas de comunicólogos, actores y artistas de las más variadas disciplinas.



EDICIONES DE LA URRACA